

Efraín Subero

La literatura infantil en el mundo hispanoamericano



República Bolivariana de Venezuela
Fundación Editorial

elperroylarana

CULTURA
Cebazón Adelante
**MISIÓN
SOCIALISTA**

**La literatura infantil
en el mundo
hispanoamericano**

Efraín Subero

© Efraín Subero
© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2009
Centro Simón Bolívar, Torre Norte
piso 21. El Silencio
Caracas - Venezuela, 1010
Teléfs.: (58-0212) 7688300 - 7688399

Correos electrónicos:
atencionalescritor@yahoo.es
elperroylaranacomunicaciones@yahoo.es

Páginas web:
www.elperroylarana.gob.ve
www.ministeriodelacultura.gob.ve
ISBN: 978-980-14-0787-4
Depósito legal: lf40220098004222

Diseño y diagramación:
Dileny Jiménez

Ilustración de portada:
Nathaly "Lemur" Bonilla

Edición al cuidado de:
Alfredo Canale
Kervin Falcón
Alejandro Moreno
Karen Rosa
Álvaro Trujillo



La literatura infantil en el mundo hispanoamericano

Discurso de incorporación
de don Efraín Subero
como Individuo de Número
a la Academia Venezolana de la Lengua

Acto celebrado
el día 4 de mayo de 1977
en el Palacio de las Academias

Caracas-Venezuela

**Palabras para expresar
lo que se expresa**

¿No es verdad que siempre se quiere más el último libro?

¿No es verdad que siempre se quiere más al hijo que acaba de nacer?

Este trabajo que presento a la muy ilustre Academia Venezolana de la Lengua, con motivo de mi incorporación como Individuo de Número, y que de discurso que quiso ser advino en libro que quiere ser, tal vez sea el más afectuoso que haya hecho hasta ahora, el más vocacional, el más heroico, el más entrañable.

Hubiera podido escoger cualquiera de los temas en los cuales he venido trabajando durante los últimos años. Me dije, sin embargo: Ya es hora de que la literatura infantil venezolana alcance su verdadero sitio. Muchos niños, mucha gente generosa y humilde, desconocida y buena, aspiro a que se sientan representados conmigo en la Academia. De manera que mi sillón está sentimentalmente compartido por todos, y en él, todos cabemos.

He querido, junto con los numerosos escritores que pusieron a mi disposición nombres y recuerdos, papeles y afectos, libros y documentos, discos y manuscritos, comprensión y estímulo; he querido, digo, escribir la historia de la literatura infantil venezolana. Para ello no me he quedado en la pura elaboración informativa, en la mera especulación conceptual. He recopilado, además, todo el repertorio bibliográfico que fue posible.

Tampoco me pareció recomendable permanecer en lo estrictamente literario. Al fin y al cabo, ¿qué es lo estrictamente literario? La correspondencia de las artes también se da en la temática infantil.

Por ello complemento este estudio con bibliografías y apéndices de folklore literario, de música, de teatro, de periodismo escolar.

Por estas páginas pasan muchos nombres, muchos aconteceres. Aquí está buena parte de la historia cultural que han realizado los venezolanos.

No agradezco con nombre propio en este instante, porque ellos están —y es indispensable que estén— en los créditos que avalan la edición.

Y no explico más, no sólo porque un libro se explica por sí mismo sino porque algún día complementaré este estudio con un inaplazable breviario de estética en el cual demuestre cómo lo literario está indisolublemente ligado con lo social; cómo la realidad literaria es, en verdad, la realidad real; cómo la realidad literaria —de manos de la trasmutación, por obra y gracia del enigma— se convierte en una totalidad de realidades, en una realidad social, en una realidad de verdad; y cómo al hombre no le queda sino la literatura para dejar un testimonio integral de sí mismo.

Para concluir esta especie de introducción, cumplo ahora con el hermoso rito de agradecer a la Academia Venezolana de la Lengua, con sencillez pero con lealtad, el haberme llamado a compartir su honor y sus responsabilidades. Y de referirme a la vida y a la obra de don Rafael Yepes Trujillo, venezolano de zuliana estirpe, quien ocupó el Sillón Letra I antes que yo.

Encontré por primera vez a Yepes Trujillo en las páginas de la revista *Belliken*. Era el diciembre caraqueño de 1922. Allí lo vemos: joven, abundante el cabello lacio, amplía la limpia frente despejada.

Está de espaldas a dos paisajes. Uno rectangular, abierto, enmarcado por un lánguido cocotero lacustre. Porque después son nubes desvaídas. Rayos de sol. Y sobre el agua mansa, la circunstancia de una vela latina.

Hay otro circular. Un paisaje nocturno con nostalgia y con luna. Los árboles, ocultos y vigentes debido a una silueta irregular. Lo humano está en la torre de donde brota un redondel de luz.

El poeta se deja ver como un poeta de entonces. Se adivina un muro. Allí está, ya cerrado, el grueso volumen que lee. Sobre el libro se apoya, reverente. La mirada es profunda, extensa y enigmática. Meditación o éxtasis. Reflexión o porfía.

Después están los versos. Tres poemas: “Hacia la carne”, “El cisne”, “A una incomprendible”... Tres símbolos, tres constantes —erotismo, elegancia plástica, amor— que lo acompañarían hasta que fue posible.

Encontré por segunda vez a Yepes Trujillo en la Academia. Era el noviembre caraqueño de 1960. Me habían hecho miembro correspondiente por el estado Nueva Esparta. Es él quien firma el diploma, como secretario, con trabajosa letra de madera labrada. Por allí debe andar todavía con don Luis Yepes hablando de la tarde y las palomas, de Darío y del soneto, apegado al silencio conventual de este antiguo convento. Poniéndole cuidado a las pisadas. Poniéndole matiz a las palabras. Agradeciendo la penumbra íntima que calma la algazara de la luz.

Lo que yo pudiera decir de Yepes Trujillo ya lo dijo Mario Briceño Perozo. Tomo en préstamo, pues, lo del poeta amigo. Que así como la otra gente se presta sus cosas, los poetas debieran prestarse sus palabras:

Rafael Yepes Trujillo fue un gran poeta, nacido en Maracaibo, estado Zulia, el 19 de octubre de 1890.

En el famoso Colegio de Venezuela que en la urbe lacustre dirigió el notable pedagogo don Francisco Esparza, hizo Yepes Trujillo sus primeros estudios, en los que asentó con aplomo su preparación cultural. Puede decirse que fue un autodidacta, ya que sin pisar la universidad se hizo un erudito.

La llama de la poesía ardió en sus ancestros con vigor y luz bien definidos. Su abuelo, *el cisne del Lago*, constituía con su obra breve, pero imponente por su fulgor y contenido, el más incitante de los ejemplos. Cantar como aquel y hasta superarlo para gloria de la región amada, plena de sol, de música y de encantadoras leyendas aborígenes, esa fue su excelsa ejecutoria, la que le dio un nombre en América.

El amor, el paisaje, los dictados del mundo interior, la belleza de la mujer, son los temas que caracterizan la poesía de Yepes Trujillo, pero al lado de ellos, como una constante luminosa de su inquietud creadora, campea su devoción bolivariana. Su admiración por el Libertador no tiene límite; es inmensa como la armonía viril y vigorosa de su verso.

La prosa de Yepes Trujillo tiene los mismos encantos de su poesía. Prosa que emociona y subyuga por su musicalidad, colorido y rotundidez. En sus períodos cerrados, precisos, nerviosos, hay siempre el predominio del poeta, la majestad de quien solo pensó en hacer del verso su medio irremplazable de

expresión. De allí que nos topemos con párrafos salpicados de endecasílabos, de octosílabos y de alejandrinos perfectamente arquitecturados.

En el corazón del poeta se albergaron tres grandes afectos: Maracaibo, Bolívar y España. Maracaibo le dio el anhelo de expresar la belleza, el Libertador le indica la ruta para enrumbar el paso inseguro de la patria y la madre peninsular alimenta su profesión de fe en la España eterna que lleva gloria en las venas y nervio en las entrañas para destrozarse todos los yugos y para hacer luz en todas las tinieblas.

En sus 82 años de vida, Yepes Trujillo desempeñó, con el más acendrado ahínco patriótico, diversas funciones. En la esfera privada fue comerciante e industrial, periodista y dirigente entusiasta de instituciones culturales de Maracaibo y Caracas. En la administración pública: subsecretario de la Cámara de Diputados, director del Gabinete del Ministerio de Educación y director de Gabinete del Ministerio de Hacienda.

En 1929, la Academia de Bellas Artes de Barcelona (España), hizo a Rafael Yepes Trujillo su Miembro Correspondiente. Y el 12 de octubre de 1947 ingresa, como numerario, en la Academia Venezolana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, cuya Secretaría sirvió desde el 2 de octubre de 1950 hasta 1972, el año de su muerte.

Tuvo la sencillez del sabio, la disciplina del filósofo, la austeridad del maestro y la amplitud del poeta, ajeno en todo instante a la vanidad crepitante de los engreídos.

Rafael Yepes Trujillo, el eximio poeta del Zulia, murió en Caracas —su segunda patria chica— el 22 de marzo de 1972. Para el recuerdo sempiterno dejó el monumento de su obra y la pureza —hecha paradigma— de su devoción bolivariana.

¿Qué puedo añadir?

Por sobre todo, Rafael Yepes Trujillo, un académico en la más noble acepción del vocablo. Nació para morir aquí, entre silencios tristes, entre inefables luces vesperales que están hechas de tiempo y poesía. Su expresión lírica, por ello, y a pesar de su eterno, tiene su propia época aunque no sea enteramente suya la resonancia.

Yepes Trujillo es un poeta modernista tardío como son casi todos los modernistas venezolanos. Es clara en él la influencia precursora de José Asunción Silva y mucho más frecuente aún la de Darío. Pérez Bonalde está más lejos, y Udón —de quien lo quisieron hacer sucesor, y de quien él mismo, en lo íntimo, se sintió sucesor— más cercano.

Acompáñenme a recorrer las páginas de *Kaleidoscopio* (1941), su libro más importante.

Veamos la temática. Desde un principio la clásica evasión modernista propia de la primera etapa: “Todo, todo el Oriente con su embrujo de hadas”. Y unos pasos más allá el tema indígena que caracteriza la segunda. Y por supuesto España, la Hispania fecunda de Rubén: “¡Oh la Hispania soberbia que en la sangre le roba/ a la Roma diuturna los resabios de fiera”. Yepes Trujillo revela hasta el conflicto espiritual propio del mejor momento del Modernismo. La antítesis cuerpo-alma, espíritu-materia. Es así como por un lado canta la exaltación sensual:

*El placer exotiza sus llamas mientras llueve...
Gozamos la suprema espiral del instinto,
i al compás de la lluvia resuena en el recinto
el tropel de los cascós lujuriosos de Pan...*

(“Mientras llueve”)

Pero también se queda meditando ante “El cementerio blanquecino”:

*En el silencio de la noche
el cementerio blanquecino
nos hace meditar... I entonces
nos pesa más nuestro destino.*

O invade el área de la poesía social propia también de la última etapa del Modernismo:

*No tiembles nunca ante el tirano
ni ante el alud de la agresión;
afrenta siempre al adversario
con el broquel del corazón.*

Está también Verlaine, a quien trajo Darío por primera vez:

*Verlaine: Pobre Lelian, Mago y Maestro
en la Musa, en la carne i en el Vino,
yo tengo de tu espíritu en mi estro
i llevo de tu estrella en mi destino.*

Y si nos detenemos en lo formal, la expresión modernista se hace más evidente. Porque Rafito —así lo llamamos todos sus

amigos— cultivaba también la aristocracia léxica. En sus versos descubrimos entonces “su grímpola nefaria”, “el propileo nitente de la Gloria”, “los vespertilios de sus padeceres”, “el ábside diuturno de la esfinge”, “Marfilianas, yacentes, sobre el pomar del busto”; encontramos —“cuando el León hesperio clavó la garfa hirsuta”— “su felpa de abenuz”, “el asperges de mis aguas bautismales”, y junto a “la flor de estirpe parnasiana”, “el eneasílabo excelso” que al decir del mismo Rafito “parece una serpiente musical”.

Yepes Trujillo era un poeta como él pensaba que debían ser los poetas. Y a pesar de que tanto en *Cascabeles* (1950) como en *El otro universo* (1954) libera su expresión, la despoja, experimenta con una amplia temática nacional, apela al verso breve, todo lo que hace está regido por su propia estética:

En mi concepto, la poesía es el equilibrio armonioso de la expresión i de la idea; por eso admito y admiro todas las escuelas poéticas, siempre que se distancien de la prosa, que es el equilibrio de la palabra y del pensamiento.

Y junto con su manera de pensar, “la ínsula Barataria” donde nació el pensamiento:

Maracaibo, la ciudad de la raíz i del afecto; (...) Maracaibo, la ciudad del Lago, de Sol, i de armonía geoespiritual, en donde me nació el anhelo de expresar la Belleza i en donde adquirí la costumbre de pensar las palabras.

Pero existe otro hecho de la tierra que se me hace indispensable mencionar cuando ocupo el sillón que me dejó Rafito: la afectuosa vinculación que desde siempre ha unido a Margarita y el Zulia.

A Margarita fue Udón Pérez con su poesía a recibir el galardón en el centenario de la Batalla de Matasiete. Al Zulia fueron los margariteños en barcos de vela, desafiando la furia del golfo que entonces se decía únicamente de Venezuela, a sembrar el esfuerzo honrado en la extracción del petróleo que nadie quiso sembrar.

En el Zulia surgió la variable *gaita zuliana* que se aprendieron de memoria los margariteños:

*Ambrosio llora su ruina
y se lamenta Icoatea,
pega un grito La Verea
que se oye en La Salina,
y en La Rosa está una mina
de hambre y necesidad,
pa llegar a Punta Gorda
llorá, corazón, llorá.*

Entonces la armonizaron en la festiva alegría navideña con la invariable *gaita margariteña*:

*San Amonio se cayó,
que lo tumbó una gallina,
de pronto vino una niña
y del suelo lo “alevantó”;
no llores santo querido,
ni porque te “haigas” caído,
ni porque te “haigas” rompido
el cráneo de la cabeza
por causa de la torpeza*

de un animal atrevido.

¿Qué puedo añadir?

Si en el cielo florece “El jardín de Academo”, allí estará sin duda alguna Rafito, como Voltaire, por siempre jardinero.

Bibliografía de Rafael Yepes Trujillo (19-10-1890 /22-03-1972)

I. POESÍA

1. *Desde la cima*. Poema dramático Maracaibo, Imp. Panorama, 1921
2. *Divino mundo i el cocotero*. Maracaibo, 1923, 31 p.
3. *La cabaña del ritmo*. Maracaibo. Imp. Panorama, 1927, 241 p.
4. *Kaleidoscopio*. Bs. As. Talleres Gráficos de Arturo G. Oucinde, 1941, 238 p. (Edición de la Institución Zuliana de Caracas).
5. *Cascabeles* (micro poemas). Caracas, Talleres de la Editorial Ávila Gráfica, 1950, 184 p. (Edición de la Institución Zuliana de Caracas).
6. *Canto al Lago de Maracaibo*. Maracaibo, Tipografía. Cervantes, 1949.
7. *El otro universo*. Caracas, C. A. Tipografía Garrido, 1954, 216 p.

II. PROSA

8. *El Zulia en Venezuela*. Conferencia patriótica.
9. *Pérez Bonalde, poeta del dolor*. Caracas, Ediciones de la Institución Zuliana de Caracas, 1944, 41 p. Premio "Andrés Bello". Academia Venezolana de la Lengua.
10. *El regreso de las carabelas*. Discurso de Recepción de la Academia Venezolana de la Lengua. Caracas, Tipografía Americana, 1947.
11. *La palabra pensada*. Caracas, INCIBA, 1969, 341 p. (BPV, 124).
12. *El Libertador, civilista y héroe*. Caracas, Ediciones del Archivo General de la Nación, 1972, 392 p. (Biblioteca Venezolana de Historia, 15).

III. RECOPIACIONES

13. *Poesías completas*. Maracaibo, Ediciones de la Universidad del Zulia, 1974, II vol.
14. *Verso y prosa*. Maracaibo, Caracas, Ediciones de la Fundación Belloso, 1975, 696 p. fot. (Imp. en Caracas por Editorial Senda-Ávila).

**La literatura infantil
latinoamericana**

INTRODUCCIÓN

La literatura hispanoamericana de hoy es una consecuencia de la literatura hispanoamericana de ayer. Su futuro está condicionado, como la vida misma, por una serie de factores que tradicionalmente se habían considerado extra-literarios y que ya hoy forman parte esencial de un complejo humano que aspira a tener en la literatura, no sólo su testimonio sino su máxima esperanza.

Porque ya no se puede seguir estudiando la literatura desligada del contexto social. Y mucho menos la literatura infantil, que esencialmente aspira a expresar, a modelar y a enriquecer el alma universal del niño.

Precisamente, uno de los aspectos más dignos de atención y de estudio es el desequilibrio planteado entre lo que el creador de literatura entiende por literatura infantil y lo que el niño acepta como tal. Porque el pequeño lector no puede escapar a la dinámica de los tiempos. Todo lo contrario, percibe grandemente su influencia.

A menudo, el creador de literatura se dirige a un niño abstracto que únicamente existe en la imaginación candorosa del escritor. Y por este peligroso camino de candor se crea una literatura pueril, en relación con la cual no se estimula el interés de la infancia.

Por supuesto que todavía existe la inocencia y todavía la mayor parte de los niños son niños. Pero no son los mismos que se hicieron amigos de Juan Ramón, al extremo de quitarle a *Platero*, y a lo mejor, tampoco son aquellos a quienes se dirigió Martí, desde su clase de “La Edad de Oro”. Porque el héroe cubano había afirmado que “los aedas de ahora no han de cantar guerras bárbaras de pueblo con

pueblo para ver cuál puede más, ni peleas de hombre con hombre para ver quién es más fuerte”. Y los niños han visto lo contrario.

Son testigos y víctimas de una época que no se ha hecho para ellos. Y si acaso está bien que la literatura clásica les recuerde que existieron princesas y les estimule la imaginación que los conduzca a países lejanos que no podrán visitar jamás, bien está que la literatura actual los retrotraiga a mares y regiones más cercanas. La comarca amorosa de la infancia bien puede ser el puerto de partida para el viaje amoroso hacia el país. Y el país, otra escala de partida hacia la geografía cordial del continente.

Pero resulta que el aislamiento nos reduce. Los creadores de literatura son desconocidos en su propio país. Carecen, además, de la información bibliográfica sistemática indispensable. Por lo menos en Venezuela, aquel poeta-maestro que enseña en Maturín, conoce a aquel poeta-periodista que trabaja en Guanare y éste a su vez al poeta-cantor del Alto Apure.

No sólo nos ignoramos recíprocamente en el ámbito nacional, sino que el problema se acrecienta en la dimensión latinoamericana. Todavía no se comparten las experiencias suficientemente ni a nivel personal ni a nivel institucional. Por supuesto que se trabaja en este sentido, pero la información internacional no es todavía eficaz. Recuerdo que apenas casualmente me enteré en noviembre de 1962, del proyecto de *The Bro-Dart Foundation* que animaba Martha V. Tomé en su carácter de directora del Proyecto Leer. En los Estados Unidos trataban de evaluar y adquirir libros en español para una serie de bibliotecas especializadas. Recuerdo el prospecto del fondo “El Libro del Pueblo” que preparó en ese mismo año Marietta Daniels, jefe del programa de Fomento Bibliotecario de la Unión Panamericana.

Rememoro el acuerdo de octubre de 1967 que firmó la OEA con la Fundación Bro-Dart y la ferviente esperanza del Dr. José A. Mora de que los gobiernos de los Estados miembros incrementaran el uso de libros en el proceso educativo. Y estos hechos constituyen sin duda referencias valiosas que fecundan nuestra presente realidad.

Pero poco se gana con que la información, los proyectos y las realizaciones se queden a nivel de expertos internacionales. Se requiere, sobre todo, la instrumentación de los acuerdos en el área local. Y es aquí donde encuentro los mayores obstáculos.

Porque el esfuerzo técnico a menudo se queda en el plano de las realizaciones teóricas. Entiendo que no abundan en nuestros países experiencias semejantes a las que ha realizado en Venezuela el Banco del Libro o el Centro de Capacitación Docente El Mácaro, o el departamento de publicaciones del Ministerio de Educación que mantiene una revista infantil —*Tricolor*— con veintiocho años de circulación ininterrumpida y que edita, aunque no con el ritmo que fuera deseable una colección bibliográfica infantil.

Así como, en relación con México, la labor desplegada por la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos es digna de un reconocimiento unánime, la abnegada labor realizada entre nosotros por los organismos mencionados no lo es menos.

Desde el año 1961 ha venido funcionando en el Centro de Capacitación Docente El Mácaro, una unidad técnica oficial de preparación de materiales educativos. Aunque su labor está orientada principalmente hacia la producción de libros de texto de lectura, matemática, ciencia y estudios sociales, ha venido ocupándose también de la publicación de materiales de distinto tipo. Entre estos pueden

ser mencionados los libros de literatura infantil *El alba de una flor* y *Caminos de papel*, obras de referencia como *Nuestro vocabulario de Estudios Sociales*, el libro de lectura complementaria informativa *Las estaciones* y la revista escolar *Sembrador* que circula ocasionalmente en las escuelas venezolanas del sector rural.

En lo específicamente relacionado con la literatura infantil, el Banco del Libro, en 1965, realizó varias actividades que fueron hechas por primera vez en Venezuela. Ese año publicó *Once puertas y una estrella* antología de cuentos para jóvenes; organizó el Primer Festival del Libro Infantil y Juvenil; el I Concurso del Cuento Infantil (el II se realizó en 1969) y el I Concurso del Cuento Infantil escrito por niños. Un año después, en 1966, editó *Bibliografía de la poesía infantil venezolana*, el primer trabajo de su índole en el país.

Precursor fue también en 1970 al organizar el I Concurso de Teatro Infantil y el I Concurso de Poesía. Primero en cuanto al Banco, segundo en cuanto al país. El primer Concurso de Poesía Infantil realizado en Venezuela fue organizado por la Federación Venezolana de Maestros en 1957.

En 1971, el Banco del Libro de nuevo fue precursor con el Concurso Biografía de Bolívar para Niños, declarado desierto ese año, pero culminado con éxito el siguiente.

Y si menciono algunas instituciones venezolanas en este escueto panorama de nuestra literatura infantil actual es porque quiero poner de relieve la necesidad de instituciones que motoricen los esfuerzos en cada uno de nuestros países. Porque el esfuerzo individual no basta. Claro que es provechoso e importante lo que han hecho Jesualdo o Carmen Bravo Villasante o Frida Schultz de Mantovani

o Berdiales o Blanca de la Vega o aquí en Venezuela Rafael Rivero, Javier Villafañe, Josefina Urdaneta, Rafael Ángel Insausti, Carlos Izquierdo, Morita Carrillo, Ligia de Bianchi... Todo eso es conmovedor y fecundo. Pero mucho más fecundo hubiera sido si, en vez de escasas, fueran masivas las ediciones y el libro para el niño pudiera estar al alcance de todos los niños. Y esto no lo pueden hacer sino instituciones que cuenten o que alcancen los recursos indispensables. Esto es lo que se propuso en Venezuela la Fundación Festival del Niño que sistemáticamente, con periodicidad anual, a partir de diciembre de 1969 organizó concursos de narrativa infantil y publicó una selección de gran tiraje: *Páginas para imaginar. Más páginas para imaginar. Otras páginas para imaginar. Nuevas páginas para imaginar y Siempre páginas para imaginar*. Sobre la base de estas antologías se realizó un Concurso de Interpretación a nivel nacional para niños de todas las edades.

Pero estos libros no debieran ser de circulación restringida a las fronteras. Los convenios internacionales —en lo que concierne a los países bolivarianos, el Convenio Andrés Bello— debieran incluir entre sus propósitos coediciones que acercaran y hermanaran a los niños de todo el continente. Y si otra vez el presupuesto es débil, deberían estudiarse los caminos. Uno de ellos, interesar a la industria privada. Sobre este respecto, en Venezuela contamos con el antecedente de la Fundación Eugenio Mendoza que editó en 1953 un magnífico libro, *Lecturas para un niño venezolano*, el cual lleva ya dos ediciones y la serie de biografías escolares a partir de 1952. Otro camino sería —siguiendo los pasos de México— crear una gran editorial con la contribución de los países interesados, que funcionara sin fines de lucro. El Ministerio de Educación tiene desde hace algunos años en sus archivos del Departamento de Publicaciones un

hermoso proyecto de este tipo que me tocó crear cuando dirigí dicha dependencia.

Por fortuna se unifican criterios en cuanto a la existencia de una literatura infantil latinoamericana. Cada vez son más incontestables los estudios. Cada vez son más serias las teorías. Cada vez nos movemos con mayor seguridad. Afortunadamente, la estética viene en nuestra ayuda y demuestra que el proceso creador es el mismo en cualquier tipo de literatura. Y después que el impulso se trasmuta y la literatura se objetiva, poco a poco se van perfilando con mayor claridad las leyes y los alcances.

Considero que ya se puede hablar con propiedad de literatura infantil no sólo como una disciplina diferenciada, sino de grande y compleja especialización. Aunque la lucha, si se quiere, está empezando, se plantea como una necesidad la creación de cátedras que descubran a los profesores y a los maestros las posibilidades que encierra la literatura para niños. Todavía, por lo menos en Venezuela, se adolece de la especialización en esta materia. Tenemos que considerar un tanto empírica la enseñanza que se ha dictado a nivel de educación normal. Precisamente, consideramos un desacierto que se haya eliminado la cátedra de literatura infantil como tal para integrarla como una unidad de la cátedra didáctica de la literatura.

Pero el panorama de la literatura infantil latinoamericana se oscurece si se piensa en que algunos críticos y muchos creadores todavía no le conceden la importancia que requiere; por el contrario, más bien la menoscaban.

Generalmente, los tratados de literatura utilizados en universidades y liceos la desconocen. Pero estos textos, tanto como el libro

mismo, se han convertido simplemente en objetos de comercio y es por ello por lo que siguen las pautas del programa oficial. Bien está que las autoridades estudien la conveniencia de hacer de la Literatura Infantil estudio obligatorio. Y bien está también que los expertos dialoguen con los críticos, que los convoquen a reuniones de trabajo que esclarezcan los postulados de la nueva y hermosa disciplina.

SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA INFANTIL. APORTES PARA SU EVALUACIÓN

Consideramos que se comete un error cuando se habla de literatura infantil como algo desgajado del árbol troncal de la literatura. Aunque lo infantil evidentemente constituye un campo específico, no por ello deja de ser afectado por los fenómenos sociales que inciden en la literatura en general. Tanto es así, que a partir de una expresión literaria determinada se puede reconstruir un carácter, una tipología. En este sentido, la literatura infantil de una época testimonia al niño de esa época; pero al mismo tiempo, los intereses propios de este niño exigen una determinada literatura.

Como se ve, se trata de un planteamiento sociológico típico. Pero ya hoy el peculiar fenómeno ha originado una nueva disciplina de tipo experimental que se conoce como sociología de la literatura.

Otro de los problemas del hoy literario infantil latinoamericano está dado con los mismos creadores. Por lo general el escritor latinoamericano es un empírico. En América no existe todavía la profesionalización del escritor. Nuestros creadores son por ello casi siempre vocacionales. Hombres que roban horas al sueño o a la vida para aflojar la rienda al sentimiento. Son médicos o ingenieros o profesores o funcionarios que, además, escriben. Y si es cierto que muchos de ellos han dejado páginas de las cuales nuestros muchachos se han apoderado, no es menos cierto que ello se debe pura y simplemente a milagros circunstanciales de la lúcida inteligencia latinoamericana. Pero casi siempre nuestro escritor no sabe escribir. Y hay mucha gente inculca todavía que se dice escritor.

Son estos, precisamente, los que jamás prestan sus sentimientos.

Son estos, precisamente, los que no se dan cuenta que el texto no basta para el carácter imaginativo y sensible del niño que transita por calles que no son suyas.

Ya en 1897 Guyeau proclamaba que “el gran arte no consiste en delirios vacíos y siempre estériles”, que “si el pensamiento poético fuera una simple utopía ajena completamente a la realidad, nada nos interesaría”. Dilthey consagra la relación obra-mundo y evidentemente se orienta en el mismo sentido de Guyeau cuando afirma que “la técnica del poeta es sólo la expresión de una época siempre circunscrita”. En general, los más importantes pensadores, creadores o críticos reconocen la relación obligante con la realidad. Camus proclamaba que “el arte no es un gozo solitario. Es un medio de conmover el mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de los sufrimientos y de las alegrías comunes”. René Wellek reconoce que “el arte no puede dejar de relacionarse con la realidad, a pesar de lo mucho que reduzcamos su significado o hagamos énfasis en el poder transformador o creador del artista”.

Lukács es concluyente: “Todo gran arte (...) desde Homero en adelante es realista, en cuanto es un reflejo de la realidad; esta es la señal infalible de todas las épocas artísticas”.

Las citas se harían interminables. No se puede negar, de una manera válida, la vinculación profunda entre el artista y la realidad que lo envuelve y con la cual plantea una relación de interacción profunda.

“El literato de puerta cerrada —decía Vallejo una vez— no sabe nada de la vida. La política, el amor, el problema económico, el desastre cordial de la esperanza, la refriega directa del hombre con

los hombres, el drama menudo e inmediato de las fuerzas y acciones contrarias a la realidad, nada de esto sacude personalmente al escritor de puertas cerradas”. Y, precisamente, lo sugestivo, lo interesante y lo complejo del escritor latinoamericano actual, es que es un escritor de puertas abiertas. Por eso es por lo que digo que los esquemas críticos tradicionales —y aún algunos de los que hoy están en boga— no se ajustan a una manera de decir que precisamente intenta romper todos los esquemas. Y no como se ha dicho, llevado de la mano por el virtuosismo verbal sino por el anhelo de encontrar un nuevo lenguaje, una nueva expresión que corresponda a la esperanza de crear también un hombre nuevo. No es que se cometa el error de caer otra vez en una literatura militante de tipo sectorial. Ahora se trata del hombre latinoamericano, del hombre total, porque no es que se quiera resumir también las latitudes, creo que más bien nos estamos doliendo de esas latitudes. De manera que está más que justificada la angustia de Leopoldo Zea de pensar en América como si pensara en la necesidad de una filosofía sin Europa, como de una filosofía sin más.

De esta forma el método sociológico que propugnamos y que, como es lógico, es más bien una recreación de diversas ideas y actitudes, no pretende ser un método abstracto sino implicado de una manera absoluta con nuestro acontecer. Pero no solamente con nuestro acontecer literario, se trata también de nuestro acontecer histórico, de nuestro acontecer social, de nuestro acontecer total. Porque Mariátegui tenía toda la razón cuando expresaba que “la literatura de un pueblo se alimenta y se apoya en su *substratum* económico y político” que “para una interpretación profunda del espíritu de una literatura, la mera erudición literaria no es suficiente”, que “sirven más la sensibilidad política y la clarividencia histórica”. En una palabra que “la literatura no es independiente

de las demás categorías de la historia”. Precisamente lo mismo que afirmaría después el maestro Alfonso Reyes cuando proclamaba que a la literatura “nada que sea humano le es ajeno, y cuanto existe es humano para el hombre”.

Pero hay más, porque es el mismo maestro Alfonso Reyes, quien le otorga a la literatura el papel absolutamente esencial que tiene hoy en día pese a la ignorancia de los ignorantes y pese a la ignorancia de los sabios. “La integración de todos los motivos e intenciones —dice Reyes— sólo puede expresarse en la literatura y la literatura es la única disciplina que no se desvirtúa con tal integración, antes vive de ella”.

Básicamente la justificación del método sociológico es determinar las posibilidades de la literatura como una ciencia de integración humana, la única ciencia que puede dejar un testimonio integral del hombre, del hombre interno y externo, del hombre abstracto y del hombre concreto; pero sobre todo del hombre en relación con el mundo que lo rodea. Por eso creemos que la literatura es la única ciencia que totaliza el aporte de las demás ciencias; por eso creemos que en esta impureza, y si se quiere, en esta fiera arbitrariedad, la literatura alcanza, por fin, no sólo su justificación sino su verdadera grandeza.

Lukács propone una estética del hombre cuando afirma, y en él ha debido inspirarse Cortázar, que “el autor no anhela un género literario nuevo, sino más bien un hombre nuevo”, de manera que ya la literatura no puede ser disfrute solitario que se queda en sí mismo, la literatura es un camino individual o colectivo hacia un mundo mejor.

Lukács piensa también que “la novela busca descubrir y edificar la totalidad secreta de la vida, y que ella es la principal forma literaria de un mundo en donde el hombre no está en su casa, ni es de un todo extranjero”. Lukács comprende que el creador es producto de su tiempo, de manera que constituiría una deserción o una evasión el hecho de no querer reflejarlo. El creador es producto de su tiempo, de su época, de su realidad. De manera que cuando trata de reflejarla no hace otra cosa que estar de acuerdo consigo mismo ya que trata de interpretar el tiempo en que vive. Y esta armonía conflictiva, este reflejar del tiempo, no es otra cosa que saberse testigo del tiempo y simultáneamente testigo y ente de su propia existencia. Sólo a través de su propio testimonio podrá alcanzar “la gloria de la eternidad literaria”.

Pero por sobre todas las implicaciones innegables entre realidad real y realidad literaria, y aun a sabiendas que la realidad literaria es una totalidad de realidades, por lo que es una realidad de verdad, la realidad literaria es una realidad humana, una realidad social. Por sobre todas estas implicaciones, de por sí complejas, la preocupación insoslayable de la sociología literaria tiene que ser el desentrañamiento de la interrogante cuya contestación le quedó a Lucien Goldmann a medio hacer: ¿cómo el desarrollo de una estructura económica entraría el nacimiento de estructuras homólogas en la creación literaria?

Goldmann comprende y divulga que la filosofía pura, especulativa, se orienta hacia las ciencias sociales, y se da cuenta al mismo tiempo que si la filosofía, disciplina abstracta por naturaleza, no teme comprometerse con las implicaciones inmediatas de lo humano, mucho menos ha de hacerlo la literatura que se aprovecha de la filosofía, como lo hace de la economía, de la geografía, de la historia,

de la psicología... Es decir, la literatura es una ciencia sintética que tiene que proyectarse y que se fundamenta en la peripecia del hombre como ente social. La literatura tiene que hacer suyos también no sólo la problemática sino los métodos de la sociología.

La experiencia personal del escritor comprenderá también que se encuentra actuando en una sociedad que produce objetos de consumo para el mercado. Y el libro, fatalmente, es también un objeto de consumo, sujeto a las leyes de la oferta y la demanda. Pero ya esta dimensión de la literatura, que tanto preocupa a Robert Escarpit, pertenece a una dimensión exterior, aunque no menos importante del fenómeno literario.

Tan exigente es hoy la dimensión social de la literatura, que toda la preocupación teórica de los críticos, que comprenden lo inevitable del compromiso, puede resumirse en la siguiente afirmación de Jean Duvignaut: “La raigambre de la creación artística es, a la vez, el análisis de todos los símbolos sociales que en ella se cristalizan. Pero este arraigo en la experiencia colectiva no es una simple constatación, un carácter secundario que se le atribuyera además a la creación. Forma parte de su existencia misma y no podemos separarlo de ella por ignorancia, tendencia o mala fe”.

Como se observa —son palabras de Ernst Fisher— “el mundo desgarrado en contradicciones sociales ha alcanzado una unidad universal nunca antes conseguida, todo depende de todo, no es posible mantenerse apartado y permanecer al margen. (...) Es menester declarar la guerra a un arte que se acomoda con la alienación del hombre y que, más aún, llega a falsificarla transformándola en fatalidad cósmica. En nuestra jerarquía de la realidad el hombre es la figura central, el hombre que vive y lucha en el mundo social, y la

función más importante del arte en nuestra época consiste en nuestra opinión, en servirle y ayudarlo a representarse en la variedad de las relaciones con la naturaleza, la sociedad y consigo mismo. Es necesario tomar partido en favor de la vida contra la muerte, del devenir contra la mixtificación del Ser eterno, en pro del hombre contra un mundo en donde reina la alienación. Tal es nuestra profesión de fe en el arte. Contra el estancamiento y en favor del movimiento. O, para decirlo con la máxima de Brecht: “Puesto que las cosas son así, no deben seguirlo siendo”.

Y en verdad, a pesar de que la literatura nunca ha querido permanecer al margen del fenómeno humano, mucho menos la literatura infantil que es una de sus más vividas representaciones, a pesar de las desviaciones de los creadores, de los críticos y de los lectores, “el fin de la creación literaria —como muy bien lo señaló el maestro Alfonso Reyes— no es provocar la exégesis, sino iluminar el corazón de los hombres, de todos los hombres, en lo que tienen de meramente humanos”.

En cuanto a evaluación, la única posible en el plano literario es la evaluación integral: la evaluación que no se queda en el puro análisis formal sino que va hacia el difícil entorno de las palabras. La evaluación que toma en cuenta todos los factores que inciden en la obra literaria y que la estudia como una síntesis compleja del hombre y de la circunstancia que le rodea. Toda literatura es testimonio. La palabra del hombre es la biografía del hombre, de su país, de su ego, de su infancia.

La literatura es el reflejo de la sociedad, pero es mucho más puesto que no se trata de un reflejo pasivo. Hay una interacción profunda y compleja entre la realidad literaria y la realidad real. La realidad

real, trasmutada por medio del enigma, construye la realidad literaria. Pero cuando la realidad literaria se comunica con el hombre, lo estremece, lo perturba, le descubre la realidad que permanecía oculta tras de la realidad. Entonces el hombre llora o se indigna. Pero ya no es el mismo, porque ahora conoce una realidad de verdad y sabe que el libro bajo el brazo es una mentira, porque la vida no se puede llevar bajo el brazo, sino enfrente, o por dentro, como una posibilidad o como un reto.

Por eso digo que toda evaluación literaria —y especialmente de literatura infantil— tiene que conocer antes profundamente los factores que rodean el hecho literario. Y para ello es preciso lo cercano y lo entrañable.

Cuando la literatura infantil latinoamericana se evalúa, también se hace con el niño que se sirve de ella, a quien le sirve. Si la literatura es para el niño, la literatura es el niño. Y cuando el niño comprende que la literatura le pertenece, la ama. Por eso se apodera de libros que no fueron escritos para él y que jamás olvida.

Toda evaluación justa debe partir del estudio integral de la obra.

Las implicaciones sociológicas, psicológicas, históricas, filosóficas, ideológicas, geográficas, del hecho literario, son innegables. Ya no se puede desligar la literatura de los complejos contextos que la condicionan y a los cuales ella condiciona.

Digo que la literatura debe evaluarse en íntima relación con el niño a quien sirve. ¿Están escribiendo los creadores para el niño de hoy? ¿Y es que hay un niño de hoy y otro de ayer? Y si es así, ¿por

qué? ¿Cómo incide en el niño la dinámica vital? ¿Por qué muchos de nuestros niños no son niños? ¿Sabrán muchos de los poetas o de los cuentistas que un niño es un ser de carne y hueso? ¿Sabrán los creadores que el niño tiene un mundo distinto y más complejo?

Por otro lado, ya no puede juzgarse la literatura como si fuera un libro o un objeto. Porque antes que la literatura llegue al niño, pasa por el tamiz del creador. Y este creador está implicado con su propio acontecer. Por eso toda literatura es autobiográfica.

Pero el acontecer es la cultura y si la cultura es un complejo total y dinámico, ¿cómo incide este complejo en la literatura? ¿Los temas eternos de la literatura para niños, siguen siendo eternos? ¿O acaso el niño de hoy tiene distintos intereses? Y si ello es así, ¿por qué? ¿Y cómo inciden los nuevos temas, las nuevas actitudes del mundo en el alma del niño? ¿Podrá con propiedad una evaluación rigurosa olvidarse de la influencia que los medios de comunicación social ejercen en la literatura? ¿Es que nuestros niños leen tanto como leían ayer? ¿Qué leen ahora? ¿Los medios de comunicación social le ofrecen libros? ¿Le ofrecen o le venden? ¿Qué le venden? ¿Por qué le venden? ¿Qué pretenden con la venta?

La peripecia cultural latinoamericana siempre ha sido la misma en todos nuestros países. Pero aunque hay que partir del supuesto de una unidad esencial que justifique la existencia de un contexto continental de cultura, coexisten los contextos nacionales. Somos latinoamericanos, pero también tenemos una nacionalidad propia que nos distingue. Necesariamente la evaluación de la literatura infantil debería hacerse en función de la nacionalidad. Y para ello nada más adecuado que la evaluación se haga, en primer lugar, tratando de encontrar las peculiaridades nacionales en función del carácter

del niño. Una segunda instancia sería la de buscar las analogías de país a país. Y una tercera, definitiva, sería la de agrupar las muestras resultantes. Esta vendría a constituir, sin duda alguna, la gran literatura infantil latinoamericana. Estoy seguro que en ese momento podríamos enfrentarnos con éxito a la doble prueba de la universalidad y de la contemporaneidad. Y del vasallaje, que también en literatura infantil se instrumenta.

LA LITERATURA INFANTIL Y EL SISTEMA EDUCATIVO

Todo parece indicar que, por lo menos de una forma generalizada y sistemática, los materiales aportados por la literatura infantil no están siendo debidamente utilizados. Por supuesto que se han hecho grandes esfuerzos aislados. En este rubro —otra vez en el plano local— es de imprescindible mención el Banco del Libro. Por ser acaso de los primeros esfuerzos realizados por esta institución en el sentido de racionalizar la utilización de los recursos bibliográficos, debo mencionar la impresión de diversos trabajos:

1. *El uso de la biblioteca con fines de estudio e investigación*. Trabajo elaborado por Benjamín Sánchez y Aglaé Jiménez, 1967-1968.
2. *La poesía en la escuela*. Versión de Ana Teresa Hernández. Material de apoyo con base teórico-práctica y complementado con grabación 1967-1968.
3. *El cuento en la escuela*. Plan de trabajo. Versión final: Personal Técnico Asesor del Proyecto Guayana Rosa Elena Garda, 1967-1968. De igual implementación.
4. *La novela en la escuela*. Plan de trabajo: Versión final: Personal Técnico Asesor del Proyecto Guayana” Petra de Sánchez, 1967-1968. De igual implementación.
5. *La lectura dramatizada en la escuela*. “Versión inicial: Benjamín Sánchez y Aglaé Jiménez. Versión final Personal Técnico Asesor del Proyecto Guayana, 1967-1968.
6. *Ficheros y catálogos en una Biblioteca Escolar*. Elaborado por Olga Oropeza de Ojeda y Luisa Bustillo de Piñero, 1968.
7. *Tabla de evaluación de libros de lectura recreativa escritos en prosa*. 1970.
8. *Tabla de evaluación de libros de lectura recreativa escritos en verso*. 1973.

Por supuesto que el Ministerio de Educación ha tratado de enfrentar el problema. La Dirección de Docencia organizó la Jornada de Educación Primaria realizada en noviembre de 1972, en la que se reunió un núcleo de expertos, quienes analizaron, conjuntamente con grupos representativos del magisterio del país, todo lo concerniente a la especialidad. Entiendo que las Jornadas de Educación Primaria se organizarían sistemáticamente todos los años.

Debo mencionar también los esfuerzos del Centro de Capacitación Docente El Mácaro, que merecen especial referencia. De aquí surgió un hermoso libro: *El alba de una flor* de Luis A. Tejada H., que incluye textos de 37 autores.

Sin duda alguna, la actitud de numerosos maestros ha cambiado. No obstante, en relación con ellos, queda por superar el problema, ya no de la utilización de los recursos, sino de la consecución de los mismos.

Es necesario destacar también el hecho de que existe en Latinoamérica cierta tendencia a desestimar el verdadero valor didáctico de la literatura infantil. Acaso como consecuencia de la vieja polémica entre literatura infantil y literatura escolar. “El fin de la poesía es la belleza”, dijo una vez nuestro primer poeta Fernando Paz Castillo. Toda literatura, para ser tal, tiene que ser bella. Así constituya lo bello de lo feo. Y también muestro mi desacuerdo con la creencia de que pueda existir una literatura “desinteresada” —solamente bella y otra “pragmática” —solamente útil—, porque tanto una como otra deben ser —en el fondo— desinteresadas y llenar todos los requisitos exigidos, tanto de contenido como de expresión. Necesitamos lo útil—dije alguna vez— y más aún lo bello. A sabiendas de que todo lo bello es útil, pero no todo lo útil es bello.

Me parece que nuestra escuela ha errado al aceptar y entronizar esta división. Porque ha hecho que al utilizar la literatura infantil se desestime el inmenso valor humano que toda expresión literaria significa y se le reduzca a material de diversión o de relleno. De aquí sin duda alguna se desprende el fenómeno que se acentúa luego en la educación media: el alumno que considera la literatura como algo inútil, perfectamente desechable. Creencia que después desborda el área específicamente estudiantil y conquista el área común.

Y también se yerra al utilizar la llamada literatura escolar, ya no como literatura —ente autónomo— sino como instrumento de otras disciplinas, entonces se cae en la versificación insustancial, en el metro rebuscado, en el infernal diminutivo. Este es el caso cuando se cree que poesía es rima. O que literatura son palabras bonitas. El niño descubre siempre el juego vil y lo rechaza.

Cuando la literatura se junta en un todo armónico, con lo recreativo y lo didáctico, entonces no sólo sirven para el disfrute y hasta para enseñar historia y geografía —¿no lo ha hecho por siglos la poesía folklórica?—, sino para elevar la condición humana, para recordar al hombre su condición de hombre y al niño lo hermoso de ser niño, algo que se es por única vez.

También han aceptado los maestros otra clasificación: literatura para escuchar y literatura para leer. ¿Pero es que no se escucha cuando se lee? ¿Y no es la mejor voz la del silencio?

Por cierto que cuando hablamos de literatura infantil en relación con la escuela no debe olvidarse que las manifestaciones folklóricas también forman parte de ella. Y, lamentablemente, el folklore

literario cada vez se utiliza menos; acaso porque cada vez se mixtifica más o tal vez por mortal indiferencia.

Pero por lo general, en relación con la enseñanza, el folklore literario es desaprovechado. Incide en esta situación el hecho de que en Latinoamérica los cancioneros populares no se encuentran al alcance del maestro. En Venezuela, el Instituto de Folklore se dio a la tarea hace algunos años de preparar repertorios impresos especialmente para ser utilizados en la escuela primaria. Pero esa vez tampoco se perpetuaron las buenas intenciones.

De alguna manera hay que crear en los maestros una conciencia crítica en relación con las bondades que el folklore literario ofrece a la enseñanza. En esta tensa hora de riesgo, se hace necesario recordar, recalcar e instrumentar los conceptos de Giuseppe María Sciacca: “Sin ningún mecanicismo, sin artificio, sin etapas preestablecidas ni programas por desarrollar en tiempo limitado, la escuela del pueblo enseña al niño con sus cantos, sus tradiciones y sus costumbres, a hacerse hombre”.

Y el nunca suficientemente llorado Eduardo Martínez Torneros señala que “los romances, los cuentos, las leyendas hacen vivir al niño, transportado en alas de su portentosa imaginación, todo un mundo poético, de la más tierna y bella poesía(...). Ha de llevar así la escuela —añade luego— este mundo ideal y poético, deliciosamente ingenuo, con deseo de alimentar con sutiles emociones estéticas el espíritu del niño, en movimiento paralelo al de la enseñanza de utilidades que le han de preparar para su futura acción social en la vida de la realidad”.

Pero Martínez Torner va más allá. Destaca el hecho de que las creaciones folklóricas ofrecen diversos aspectos prácticos aprovechables por el maestro: “así, la lectura de un cuento servirá después como ejercicio de redacción en que los niños ejercitarán la retentiva y descubrirán al mismo tiempo su carácter temperamental, sus inclinaciones sentimentales”. Se puede obtener, concluye afirmando en su obra *El folklore en la escuela*, que citamos: “todo un cuadro de reacciones psicológicas de inestimable valor en manos del maestro”.

Ahora bien, en torno a lo específicamente metodológico, en este rubro aún tienen vigencia las observaciones a que arribó un equipo especializado del Banco del Libro que estudió en 1967 la utilización de los recursos de la Biblioteca Escolar. Estas observaciones, que inicialmente fueron hechas en escuelas de Guayana, pueden aplicarse a toda Venezuela y creemos que, sin exagerar, a gran parte del continente:

1) “En ninguno de los planes de trabajo revisados se encontró referencia concreta a objetivos, materiales o actividades dirigidas al logro de habilidades específicas de lectura, excepto a aspectos, aunque vagamente expresados, de tipo mecánico o de comprensión general”.

2) “Los objetivos que aparecen en los planes de trabajo son, en la casi totalidad de los casos, los de materia y grado del Programa Oficial”. Esto indica que el maestro no tiene iniciativa, que planifica de una manera mecánica para cumplir con un requisito formal y por tanto no entra dentro del campo de sus preocupaciones docentes el aprovechamiento consciente de los materiales suministrados por la literatura infantil.

3) “Los planes de trabajo no contemplan el señalamiento preciso del material de lectura u otro tipo por utilizar; apenas constan expresiones muy generales. Cuando se hace referencia al autor no se indica el trozo escogido”. No existe por lo tanto un criterio estricto y ni siquiera relativo de la selección del material utilizable.

4) “En la realización del trabajo de aula se observó en general muy poca variedad de actividades, monotonía en su desarrollo y predominio de la explicación por parte del maestro”.

En conclusión, se puede afirmar que los materiales que aporta la literatura infantil no están siendo debidamente utilizados en el proceso de enseñanza-aprendizaje.

PUESTO E IMPORTANCIA DE LA LITERATURA INFANTIL
LATINOAMERICANA EN EL MUNDO EDITORIAL

El problema editorial de la literatura infantil presenta en Latinoamérica diversos aspectos.

En primer lugar debe señalarse que si no abundan los autores tampoco abundan los editores. Por lo general, en Venezuela, el creador de literatura infantil tiene que costear la impresión de su obra. Y entiendo que situaciones similares se dan en casi todos nuestros países. Por tanto, entre nosotros la producción editorial privada —y aún la oficial—, es sumamente restringida. Las ediciones, por lo mismo, son escasas y de bajo tiraje. No existe en el país ninguna editorial que se ocupe expresamente de publicaciones infantiles. Las revistas especializadas han sido pocas y de corta vida. *Tricolor* constituye algo excepcional y honroso.

Casi toda la literatura infantil que se lee proviene, por lo tanto, del exterior. Y si exceptuamos los grandes centros editoriales —Buenos Aires, México, Santiago de Chile—, la situación es la misma en el resto de los países del orbe latinoamericano.

Otro problema difícil es la impresión y circulación indiscriminadas de literatura supuestamente infantil, en especial de tiras cómicas. En Venezuela el escritor Antonio Arráiz fue uno de los primeros en prevenir sobre esta nefasta influencia, haciéndose eco de la preocupación que agitó al país en la década del 50. En un artículo publicado en el diario *El Nacional* el 6 de febrero de 1955, Arráiz las cataloga como “moderno invento de la mediocridad ambiente norteamericana, que, al igual que los libros comprimidos, tiene por objeto principal presentar el pensamiento y la imaginación en la forma de

píldoras que se tragan, con lo cual se evita al lector todo esfuerzo mental (...). Pero lo peor es que un buen número de ellas, además de estúpidas y de idiotas, caen en la pornografía o en la truculencia y con estos vicios deplorables inficionan las mentalidades de los niños para los cuales se supone que están primordialmente hechas”.

El mensaje deforma el lenguaje, exalta la violencia y propugna el racismo, en flagrante contradicción con el principio de la no discriminación racial que le otorga a nuestra cultura, categoría de humanidad.

En efecto, una industria de grandes proporciones que no tiene otras miras que el beneficio económico, invade cada vez con mayor voracidad la mente de nuestros niños. Alfredo J. Grassi en su breve y compendioso estudio *Qué es la historieta*, informa que únicamente en México se publican mensualmente 27 millones de ejemplares, el 60% de los cuales van a inundar el mercado sudamericano.

Por cierto, Grassi destaca el lado positivo del asunto. Considera que “la historieta cumple con un fin eminentemente social y humano: da al hombre, al adolescente, al niño, su dosis de fantasía necesaria para sobrevivir en el mundo materialista y mecanizado que hemos fabricado”.

Todo para Grassi es positivo. No parece mirar que ha sido tan grave el deterioro, que las autoridades venezolanas en el año 1955 tuvieron que prohibir varias de ellas. Ya que tal como sucede con los medios de comunicación social, lo objetable no es el instrumento sino el uso que se hace de él.

También en este aspecto nos parece que ha llegado la hora en que se efectúe no solo un análisis que culmine en una estricta evaluación, sino que funcionen efectivamente los mecanismos nacionales e internacionales, porque lo cierto es que la industria editorial casi en su totalidad convierte a la literatura infantil en un simple objeto de consumo.

Por supuesto que hay excepciones. La avalancha invasora es multiforme. La gran literatura clásica se puede leer hoy con mucha mayor facilidad que antes. Pero la puede leer únicamente aquel que pueda adquirirla y a menudo las ediciones son costosas.

Tampoco debe olvidarse el problema de las deficiencias técnicas que presenta con demasiada frecuencia el libro infantil. Aunque ya es posible consultar buena bibliografía especializada, sobre todo en idioma extranjero, en su mayoría siguen siendo empíricos. Se ha adelantado mucho en el diseño de libros de texto; las características técnicas de los libros infantiles cada vez están más determinadas, pero los editores parecen estar al margen de la preocupación de los expertos. Datus C. Smith confiesa tranquilamente en su conocida *Guía para editores* que “en los países con industria del libro (...) la capacidad se adquiere en forma espontánea”. Y añade, como restándole toda importancia al esfuerzo en procura de un libro mejor hecho: “Verdad es que hay cursos de revisión de originales y otros aspectos editoriales que se dictan en instituciones académicas; que muchas escuelas de arte incluyen cursos de diagramación de libros y de ilustración entre sus planes de enseñanza; y en los Estados Unidos, en algunos colegios, especialmente en Boston y Nueva York, se dictan algunos cursos breves sobre procedimientos editoriales, y los jóvenes deseosos de entrar en una editorial, que han seguido tales cursos, se encuentran en una posición más ventajosa cuando buscan empleo,

pero el haber cursado esos estudios no constituye un requisito para entrar a trabajar en una editorial”. O lo que es lo mismo, que a los editores en este especialísimo caso, la técnica les importa menos.

Pero los cursos no bastan aunque sean fecundos. Los esfuerzos aislados nunca son suficientes. Pienso que así como la Universidad Central de Venezuela estudia la literatura infantil en su Escuela de Bibliotecología y Archivología, así también las escuelas universitarias de Comunicación Social, que incluyen en sus cátedras la de Diagramación o Diseño, deberían dar cabida en el currículum a la técnica de confeccionar e imprimir el libro infantil.

El Departamento de Materiales Educativos del Centro de Capacitación Docente El Mácaro, en la búsqueda de soluciones a los problemas derivados de la necesidad de producir y usar buenos libros de texto, público —en el año 1971— un *Manual sobre elaboración de textos escolares*. La primera edición de este libro fue auspiciada y financiada por la Organización de los Estados Americanos. El *Manual* ha circulado en toda la América Latina.

También se le debe reconocer a este instituto la realización, en 1968 y 1970, de cursos sobre diagramación e ilustración de libros de texto y otros materiales educativos dirigidos a contrarrestar los “notorios defectos que en su presentación muestran los materiales educativos producidos en Venezuela”.

En El Mácaro se han estado realizando también cursos interamericanos para la formación de autores de libros de texto y materiales educativos. Esta labor fue iniciada el año 1970. Actualmente participan numerosos educadores de diversas nacionalidades en el desarrollo de tales cursos. De esta manera ha comenzado a ser

proyectada internacionalmente la experiencia venezolana en planificación y publicación de textos escolares.

Pero ello no basta. Deberían instrumentarse normas legales que rigieran la producción y circulación de materiales educativos, porque se cuenta con instituciones que como la Dirección de Evaluación del Ministerio de Educación o como el Banco del Libro, los seleccionan y catalogan (los libros aprobados por el Ministerio de Educación se insertan como Apéndice de la Memoria Anual; los seleccionados por el Banco del Libro integran volumen: *Libros de texto en primaria*, 1964; 2ª edic. 1965; 3ª edic., 1973. En la carátula aparece erróneamente, 4ª edic.); pero al margen de la aprobación oficial circulan impunemente impresos deleznable que por no estar destinados a la enseñanza no requieren del visto bueno gubernamental.

Finalmente pensamos que se hace necesario incrementar la orientación bibliográfica tanto en la escuela como en el hogar. Títulos como *La magia de los libros* del Dr. Luis Beltrán Prieto (Caracas, 1961, 1ª edic.), o *Guía para padres* publicada en Buenos Aires por el Ministerio de Educación argentino en 1969, son imprescindibles.

Contra la imagen que pretende desplazar la palabra, contra la vida que transcurre al margen de la literatura, contra la época que pretende distorsionar al niño, el libro debe proponer su destino, que es, sin lugar a dudas, el destino del hombre.

CONCLUSIONES

1. No se puede seguir estudiando la literatura desligada del contexto social y mucho menos la literatura infantil, que esencialmente aspira a expresar, a modelar y a enriquecer el alma del niño hispanoamericano.
2. A menudo el creador de literatura se dirige a un niño abstracto que únicamente existe en la imaginación candorosa del escritor.
3. Los niños de hoy son testigos y víctimas de una época que no se ha hecho para ellos.
4. Tanto los creadores como los estudiosos de literatura infantil se desconocen recíprocamente. Esto hace que su esfuerzo permanezca en un estéril aislamiento. Las experiencias no se comparten suficientemente ni a nivel personal ni a nivel institucional.
5. Poco se gana con que el esfuerzo de los expertos se quede en el plano de las realizaciones teóricas. Es necesario que los estudios se instrumenten, tal como lo hacen en Venezuela instituciones como el Banco del Libro, el Ministerio de Educación por intermedio del Centro de Capacitación Docente El Mácaro, el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio y el Departamento de Publicaciones. Es preciso mencionar también la Fundación Festival del Niño.
6. Los convenios internacionales que suscriben nuestros países debieran incluir entre sus propósitos ediciones masivas que acerquen y hermanen a los niños de todo el continente.
7. Aprovechando la experiencia de México, los gobiernos latinoamericanos debieran crear editoriales que divulgaran el libro en grandes tirajes sin fines de lucro. Simultáneamente deben proveerse canales de distribución adecuados que garanticen el cabal aprovechamiento de este material, sobre todo entre los que carecen de las posibilidades económicas para adquirirlo.

8. Existen críticos y creadores de literatura que desdeñan la literatura infantil.
9. La mayoría de los creadores de literatura infantil son empíricos.
10. La única evaluación posible en el plano literario es la evaluación integral que no se queda en el puro análisis formal sino que va hacia el difícil “por dentro” de las palabras.
11. Necesariamente la evaluación de la literatura infantil debería hacerse en función de la nacionalidad.
12. El vasallaje cultural se instrumenta también en literatura infantil.
13. Cuando la literatura junta en un todo armónico lo recreativo y lo didáctico.
14. Cuando hablamos de literatura infantil en relación con la escuela no debe olvidarse que las manifestaciones folklóricas también forman parte de ella.
15. En relación con la enseñanza el folklore literario es desaprovechado.
16. Los materiales que aporta la literatura infantil no están siendo debidamente utilizados en el proceso educativo.
17. En el aspecto editorial, la producción de literatura infantil, se ha convertido en una industria de grandes proporciones que no tiene otras miras que el beneficio económico.
18. Se hace necesario incrementar la orientación bibliográfica tanto en la escuela como en el hogar. En este caso los servicios bibliotecarios son indispensables.
19. Contra la imagen que pretende desplazar la palabra, contra la vida que transcurre al margen de la literatura, contra la época que pretende distorsionar el niño, el libro debe proponer su destino que es, sin lugar a dudas, el destino del hombre.

PARA UNA INVESTIGACIÓN DEL ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA
INFANTIL LATINOAMERICANA

1. Las revistas para niños.
2. La fábula y sus posibilidades.
3. Los poetas para niños que no pensaron serlo.
4. Los suplementos infantiles.
5. El problema de las tiras cómicas.
6. Los teóricos de la literatura infantil.
7. Las discusiones sobre la terminología literatura infantil.
8. Los poemarios infantiles.
9. El problema de las antologías de literatura infantil.
10. ¿Cuándo un cuento es infantil?
11. ¿Qué es lo infantil en literatura?
12. ¿Cuándo y cómo nace y se desarrolla la literatura infantil?
13. ¿Son los medios audiovisuales de comunicación amigos y/o enemigos de la literatura infantil?
14. ¿Qué lee el niño?
15. La evolución de la temática infantil. ¿Son los niños de ayer los mismos de hoy?
16. La evolución de la literatura y la evolución de la mentalidad infantil.
17. ¿Qué hace la escuela con la literatura infantil?
18. El folklore literario infantil.
19. La literatura infantil y la literatura juvenil.
20. La bibliografía de tema infantil.
21. ¿Es la niñez un producto de consumo?
22. Los anuncios infantiles de la TV y el niño.
23. El problema de las bibliotecas infantiles.
24. El problema de los libros para niños.
25. El teatro infantil.

La literatura infantil venezolana

Tal como ocurre en todas partes, la literatura infantil venezolana nace con el niño y con el folklore. Cuentos de nunca acabar, canciones de cuna, trabalenguas, adivinanzas, juegos, trozos de romances integran el variado repertorio inicial. Todavía no se sabe de la existencia de una literatura infantil, acaso porque tampoco se repara en la existencia del niño mismo que crece a tropezones en un mundo ajeno.

Ni siquiera se sabe todavía qué es folklore. Ni esta palabra ni el concepto existen. Tampoco existen textos ni escritura. Nos amparamos en la memoria universal del pueblo. Y cuando por fin llegan los libros, no existen criterios diferenciadores. De manera que los muchachos aprenden a leer en libros no escritos para ellos. Enzo Petroni justifica el fenómeno, “dada la concepción misma de las relaciones entre adultos y niños”.¹

Todo se desarrolla en los admirables dominios de la intuición.

Por intuición procede la madre que no esta preparada para serlo. Por intuición procede la nodriza que arrulla, que canta y que ama, porque en este caso la intuición se da la mano con el amor. Por intuición proceden los autores que comienzan a escribir para los niños —como muy bien lo afirma Carlos Castro Alonso—, desasistidos de “conocimientos teóricos”², sin saber nada de psicología o de paidología.

En Venezuela, los comienzos de la literatura infantil están unidos a los comienzos de los libros de texto. Se piensa más en la función utilitaria del libro, en la práctica escolar. La lectura es una obligación, todavía no recrea ni forma en el tiempo libre. En la selección de los fragmentos priva el gusto literario de la época y, por encima de todo, lo

¹ Enzo Petroni, *Estudio crítico de la literatura juvenil*, Madrid, Rialp, 1963, p. 46.

² Carlos Castro Alonso, *Didáctica de la literatura*, Madrid, Anaya, 1969, p. 183.

moral. Y este aspecto que pudiera ser positivo no lo es, puesto que se recarga al libro y al lector de máximas morales inflexibles e impracticables. Al niño no sólo se le cultiva impensadamente la hipocresía, sino que se le mutila la fantasía, se estropea la espontaneidad, se le sujeta la imaginación.

Se ocupan de los libros maestros abnegados, verdaderos apóstoles de la bondad. Pero los métodos son errados. Se presupuesta un modelo ideal, inalcanzable. No se atienden las diferencias individuales. Se pretende hacer del niño un adulto obediente y dócil. Por lo demás, las lecturas son casi todas extranjeras, porque también se desconocen los intereses entrañables de la infancia. Hay un olvido total del entorno. El maestro, que se ocupa de lecturas más que de literatura, está de espaldas a su propia realidad. Y así como desconoce los requerimientos del carácter nacional, las arduas solicitaciones de la tierra, así también desconoce los postulados del ideario pedagógico venezolano: El *Informe de Sanz*³, el *Método* aconsejado por Bolívar⁴, el *Discurso de Bello*⁵, los *Consejos* de don Simón Rodríguez⁶.

³ “Texto del Informe de Sanz dado por Zea”. En *Ideario pedagógico venezolano de Efraín Subero*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1968, pp. 21-22.

⁴ “Método que se debe seguir en la educación de mi sobrino Fernando Bolívar”. Simón Bolívar *Obras completas*, La Habana, Editorial Lex, 1950, vol. III, pp. 837-839.

La cita que hace Bolívar del famoso libro de Lord Chesterfield sin duda alguna impulsó sus ediciones en español y estimuló su auge. A la vista tenemos la quinta edición *Cartas completas de Lord Chesterfield a su hijo Felipe Stanhope*, vertidas del inglés por don Luis Maneiro, París, Librería de Ch. Bouret, 1890, XVI, p. 542. En la portadilla inserta la conocida cita del Libertador. Por cierto esta edición que adquirimos hace algunos años en una librería de antigüedades está fechada en Ciudad Bolívar en octubre de 1900. Incluye la página de Bolívar, que comentamos, inserta en nota introductoria firmada por Felipe Larrazábal.

⁵ “Discurso pronunciado en la instalación de la Universidad de Chile, el 17 de septiembre de 1843”. En *Antología de Andrés Bello* por Pedro Grases, Caracas, Editorial Kapelusz venezolana, 1964.

⁶ “Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga” (1845). En *Escritos de Simón Rodríguez*. Compilación y prólogo de Pedro Grases. Caracas, Imprenta

Sin que lo escuchen los maestros, Sanz señala que “apenas el niño percibe los primeros vislumbres del intelecto, le envían a la escuela, a donde le enseñan a leer libros repletos de cuentos ridículos y extravagantes, de milagros horroríficos y de una devoción supersticiosa que se reduce únicamente a formas exteriores, por las que se acostumbra a la hipocresía y a la impostura”.

Bolívar, con su *Método*, una vez más se adelanta a su tiempo.

La educación de los niños —dice— debe ser siempre adecuada a su edad, inclinaciones, genio y temperamento (...). La memoria demasiado pronta, siempre es una facultad brillante; pero redundante en detrimento de la comprensión; así es que el niño que demuestre demasiada facilidad para retener sus lecciones de memoria, deberá enseñársele aquellas cosas que lo obliguen a meditar, cómo resolver problemas y poner ecuaciones; viceversa, a los lentos de retentiva, deberá enseñárseles a aprender de memoria y a recitar las composiciones escogidas de los grandes poetas; tanto la memoria como el cálculo están sujetos a fortalecerse por el ejercicio.

La memoria debe ejercitarse cuanto sea posible, pero jamás fatigarla hasta debilitarla (...).

Y en otro conocido trabajo suyo —“La instrucción pública”— expresa:

El director de una escuela, es decir, el hombre generoso y amante de la patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan, y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda

Nacional, 1958, vol. III, pp. 8 y sig.

benemérito de la patria: merece la veneración del pueblo y el aprecio del gobierno. Él debe alentarle y concederle distinciones honrosas.

Claro está que no hablo de los que llaman maestros de escuela: es decir de aquellos hombres comunes, que armados del azote, de un ceño tétrico y de una declamación perpetua, ofrecen, más bien, la imagen de Plutón, que la de un filósofo benigno.

Formar el espíritu y el corazón de la juventud, he aquí la ciencia del director: este es su fin. Cuando su prudencia y habilidad llegaron a grabar en el alma de los niños los principios cardinales de la virtud, y del honor; cuando consiguió de tal modo disponer su corazón por medio de ejemplos y demostraciones sencillas que se inflamen más a la vista de una divisa que los honra, que con la oferta de una onza de oro; cuando los inquieta más la consideración de no acertar a merecer el premio, o con el sufrimiento de un sonrojo, que la privación de los juguetes y diversiones a que son aficionados; entonces es que ha puesto el fundamento sólido de la sociedad: ha clavado el aguijón que inspirando una noble audacia a los niños, se sienten con fuerza para arrostrar el halago de la ociosidad, para consagrarse al trabajo. La juventud va a hacer progresos inauditos en las artes y ciencias.

Los juegos y recreaciones son tan necesarios a los niños, como el alimento: su estado físico y moral así lo requiere. Pero estos desahogos se han de encaminar a algún fin útil y honesto: la discreción del director los determinará, y presidirá si es posible⁷.

Demasiado conocido, por lo demás, el *Discurso* de Bello tampoco fue escuchado. Bello unificaba las ciencias y las letras divididas —como hoy— en la áspera realidad de Venezuela.

⁷ “La instrucción pública”. OC, III, 832-837.

Las ciencias y las letras —expresaba— fuera de la importancia que podemos llamar instrumental, fuera del barniz de amenidad y elegancia que dan a las sociedades humanas, y que debemos contar también entre sus beneficios, tienen un mérito suyo, intrínseco, en cuanto aumentan los placeres y goces del individuo que las cultiva y las ama; placeres exquisitos, a que no llega el delirio de los sentidos” (...). “Las letras y las ciencias, al mismo tiempo que dan un ejercicio delicioso al entendimiento y a la imaginación, elevan el carácter moral. Ellas debilitan el poderío de las seducciones sensuales; ellas desarman de la mayor parte de sus terrores a las vicisitudes de la fortuna. Ellas son (después de la humilde y contenta resignación del alma religiosa) el mejor preparativo para la hora de la desgracia. Ellas llevan el consuelo al lecho del enfermo, al asilo del proscrito, al calabozo, al cadalso.

Tales son las recompensas de las letras; tales son sus consuelos.

Yo mismo, aun siguiendo de tan lejos a sus favorecidos—adoradores, yo mismo he podido participar de sus beneficios, saborearme con sus goces. Adornaron de celajes alegres la mañana de mi vida, y conservan todavía algunos matices al alma, como la flor que hermosea las ruinas.

Y Simón Rodríguez esgrimía sus consejos concretos, sus críticas severas:

El vulgo no ve, en la letra. Escuela, más que niños en salitas o en salones, incomodando al maestro, para que no incomoden en sus casas; los niños creyendo que la escuela es para aprender a fastidiarse, i el maestro... que debe fastidiarse, para darles ejemplo.

Ellos aprenden a mentir, i él... a disimular. Obedecer ciegamente es el principio que gobierna. Por eso hoy tantos esclavos i por eso es amo el primero que quiere serlo.

Enseñen a los niños a ser preguntones, para que, pidiendo el porqué de lo que se les mande hacer, se acostumbren a obedecer... a la razón. No a la autoridad, como los limitados ni a la costumbre como los estúpidos.

Leer, es resucitar ideas sepultadas en el papel.

Todo lo contrario a lo que hacía la escuela. Con cuanta razón se duele Isaac J. Pardo del “rígido siglo XIX” que se adentro buen trecho en el XX y en el que los niños “espigamos a la sombra de la palmera y de una literatura que, aun a riesgo de escandalizar a la gente, llamaré perversa”⁸.

Pardo se duele de los poemas que hacían llorar a los pequeños lectores. “Mis maestros debían pensar —dice con agudeza— que el llanto era saludable”. Y la absurda imposición de la literatura extranjera: “Lo que no me explico —añade— es por qué nos hacían leer aquellos versos venidos de España (se refiere a los de Manrique, la danza de la muerte medieval) cuando en Venezuela teníamos buenos equivalentes”.

La irónica crítica de Pardo, basada en su propia experiencia, es por demás rotunda: “Durante el siglo XIX revelaron nuestros poetas una marcada inclinación por dirigirse a los niños con el doble propósito de despabilarlos de sus sueños infantiles. La teoría entonces en boga parecía ser que la infancia, efímera y engañadora, había de superarse lo antes posible, como las lechinas o el sarampión que le son anejos, arreando al niño hacia una prematura y ceñuda madurez”.

⁸ Isaac J. Pardo: “La poesía pedagógica de nuestro siglo XIX”. *Papel Literario de El Nacional*, Caracas, 6 de octubre de 1955, p. 3

Sin embargo, no todo es negativo. Se yerra, es cierto. Pero se procede de buena fe. El maestro pasa hambre (“está pasando más hambre que un maestro de escuela”, decía el refrán infamante) pero cree su deber enseñar y lo hace con ahínco y fervor. Por supuesto que hay santos y verdugos, ignorantes y sabios. Pero a los malos los diluye el olvido. Y son nobles los nombres que rescata el recuerdo.

Por estos años todavía no existe propiamente lo literario. Se piensa más que todo en la lectura. Enseñar a leer. Aunque de todos modos es bueno destacar que se escoge lo que el criterio de la época pondera la mejor lectura.

Los libros los impone la escuela y la tarea docente. ¿Qué se lee?

A pesar de todo no está mal el comienzo. En las pocas escuelas iniciales, los clásicos y, por supuesto, mucho de religión. Y así sucede hasta el siglo XIX que es cuando comienza en propiedad la historia de nuestra literatura para niños o por mejor decir, para adoptar la nomenclatura de Petroni de nuestra literatura educativa.

Se utiliza, más que todo, el Catón de San Casiano (360-435) escogido sin duda por la lección moral que se desprende de la heroica muerte del Uticense exaltado en su tiempo como símbolo de virtud. Así lo hace Plutarco en sus famosas *Vidas Paralelas*, lectura ésta por cierto recomendada a los niños por José Martí desde las páginas luminicas de *La Edad de Oro*⁹.

⁹ v. Plutarco: *Vidas paralelas*, Bs. As., Losada, 1950 (*Las cien obras maestras de la Literatura y del pensamiento universal*, publicadas bajo la dirección de Pedro Henríquez Ureña, NQ 25). v. vol. 25, VI, “Caton el menor”, pp. 39-101.

También se lee ya en los finales del XIX y en los albores del XX el *Catecismo de la doctrina cristiana* de Jerónimo Ripalda, autor famoso, y la *Historia sagrada* publicada por la Editorial Pontificia de B. Herder en su colección “Biblioteca para la enseñanza de la religión”. El cardenal Rampolla es el encargado por León XIII de participarle a la editorial, en carta fechada en Roma el 20 de marzo de 1893, la aprobación papal. “Su Santidad no puede menos de mirar con agrado una obra tan provechosa” y como prueba de paternal afecto se ha dignado impartir a V.S.I., al editor y a los demás que han coadyuvado en tan importante obra, la bendición apostólica”¹⁰.

Se lee, más que todo, el Mantilla. De la variada obra didáctica de Luis Felipe Mantilla (1833-1878)¹¹ arraigan en Venezuela sus *Libros de Lectura*, el *Primero*, el *Segundo* y el *Tercero* que se utilizan, naturalmente, en ese mismo orden. Puede decirse que el Mantilla fue el libro oficial en todas las escuelas venezolanas de las primeras décadas de este siglo. Del Mantilla se copiaba el abecedario en letras romanas, cursivas, inglesas o góticas, en trabajosa letra de madera labrada. Y por algún tiempo —“para que no se rompiera”— el niño no

¹⁰ *Historia sagrada*, Friburgo de Brisgoy (Alemania), B. Herder, Librero-Editor Pontificio, s/f. “Edición decimocuarta española”, 268 p 114 láminas y dos mapas” (Biblioteca de la Enseñanza de la Religión).

¹¹ El educador español Luis Felipe Mantilla, “Profesor de la Lengua Española en la Universidad de Nueva York” —como reza el *Libro de lectura N° 1*— publicó numerosas obras, entre otras, *Método recíproco para la enseñanza del español e inglés*; *Nociones de lengua francesa*; *Cartelera de conversación* (en inglés); *Cartilla de física*; *Elementos de fisiología e higiene*; *Manual de historia natural*; *Catecismo de moral universal*; *Historia universal para niños*; pero de todas ellas fueron sin duda sus tres libros de lectura los de mayor éxito no sólo en Venezuela sino en toda Hispanoamérica. En México, la Editora Latinoamericana, S.A., por lo menos hasta 1967 editaba el Libro *Primero*. Hasta esa fecha la obra “enteramente refundida” llevaba cuatro ediciones: F: julio 1955; 2ª : mayo de 1959; 3ª : septiembre de 1963; 4ª : mayo de 1967.

tenía acceso al libro sino a la cartilla de madera o papel: Aa, Bb, Cc. Cuando ya uno conocía las letras entraba en la esperada aventura del libro. Algunos de sus grabados —la madre de vestido largo enseñando a leer al hijo de botines, los muchachos echando volador—, algunas de sus páginas no se olvidarían jamás:

El ni-ño su-be y ba-ja.

El pe-rro no hu-ye.

El pa-lo es du-ro.

La ca-sa se ve bi-en.

¿Ve el pe-rro la ca-sa?

o la famosa fábula:

A un panal de rica miel,

Dos mil moscas acudieron,

Que por golosas murieron,

Presas de patas en él.

Otra dentro de un pastel

Enterró su golosina.

Así si bien se examina,

Los humanos corazones.

Perecen en las prisiones

Del vicio que los domina.

El tercer libro de Mantilla, frecuente en la edición francesa de Ch. Bouret, era todo un desfile de autores clásicos. Allí aparecen Balmes, Iriarte, el Padre Isla, Moratín, Mariana, Jovellanos, Feijoo, Argensola, Mateo Alemán, Hartzenbusch —autor muy del gusto del maestro J. M. Núñez Ponte—, Quintana, el Padre Mendíbil —autor de otro libro de lectura de gran éxito en nuestro país—,

Cervantes, Fray Luis de Granada, Fray Luis de León, Santa Teresa, Gracián, el Marqués de Santillana, Don Juan Manuel, Alfonso el Sabio... Es Mantilla, acaso por primera vez, quien le da entrada a los autores hispanoamericanos. El índice de su famoso libro tiene un rubro específico de “Prosadores hispano-americanos” y otro de “Poetas españoles e hispano-americanos”.

Entre los prosadores, cuatro venezolanos: Bolívar, Baralt, Oviedo y Baños y Andrés Bello, en ese orden. Entre los poetas, el mismo Bello, el mismo Baralt, pero se añade un nombre: José Antonio Calcaño.

No hay travesuras en el viejo ejemplar que me acompaña. ¿Qué maestro las permitiría? Apenas queda la huella de la X de negro que señalaba que la lectura para mañana comenzaba aquí y terminaba aquí. Cuando más una que otra calcomanía como esta que miro: dos ángeles sonrientes desnudos y descalzos. Exactamente lo contrario de lo que uno era. Por lo demás, no hay autores favoritos. Gustárale o no, uno tenía que leerlos a todos. El Mantilla se leía paso a paso, de cabo a rabo.

¿Y qué más se leía? Bueno, libros de historia y geografía de países lejanos que no se conocerían jamás. España, el más cercano; Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Suiza, Inglaterra, y en cada uno de ellos, del tamaño del mapa y cuántas veces de la imaginación, límites, división territorial, capital, puertos, superficie, población, ríos principales... Todavía conocíamos de letra, más allá: Austria, Italia, Dinamarca, Suecia, Noruega; y por supuesto, Asia y África... Llegábamos a Egipto, y como la lección se tomaba de memoria, de memoria aprendíamos que “El gobierno de Egipto es dependiente del de Turquía, si bien tiene un pachá hereditario”... Entonces nos

apoderábamos de las palabras que eran del diccionario, las cogíamos para nosotros, les faltábamos el respeto, y retrotrayéndonos a nuestra pobre condición señalábamos el contraste: “fulano de tal vive como un pachá”.

Se leían otras cosas, por ejemplo, *Aventuras de Apolinar Carrasco* de Emilio Moreno Cebada en la edición ilustrada por Tomás Padró¹². ¡Qué de grabados y qué de expresiones! El gusto neoclásico abría paso al gusto romántico, pero a Venezuela llegó —¡qué tarde lo advertimos!— el peor romanticismo que era, precisamente, el que nos daban a leer a nosotros:

“Alberto como fuera de sí se arrodilló a los pies de Teresita y estrechando una de sus manos, dijo:

—Júrame que ningún otro amor abrirá tu corazón”.

El grabado complementa al detalle la respuesta. Teresita tiende la mano izquierda a Alberto, que permanece arrodillado mientras desvía la mirada, embarazada y tímida:

“—Sí, Alberto, respondió ella, lo juro por la memoria de mi buena madre”.

Por supuesto, la escena en un jardín, el único testigo es cupido discretamente erguido en su pedestal, flecha en mano.

¹² Emilio Moreno Cebada: *Aventuras de Apolinar Carrasco*, ilustrada por el reputado artista D. Tomás Padró, Barcelona, Empresa Editorial de Moreno y Roig, 1874. t. I, 506 p. El diálogo que insertamos, cita textual de la p. 421. Grabado s. p. intercalado entre pp. 420-421.

En ese entonces estaban de moda los premios. “Por su aprovechamiento en geografía” —como dice la dedicatoria del libro que tengo entre las manos— a uno le podían regalar los Viajes por Asia¹³ de Manuel María Guerra, en las preciosas ediciones ilustradas de Saturnino Calleja, el editor más conocido en la niñez de habla hispana. Cuántas veces paseó la imaginación por las calles de Alejandría, o visitó la capilla del Santo Sepulcro en Jerusalén, o le dio vida a los paisajes fluviales de la India, o trepó valerosamente el Himalaya. Eran estos libros los que justificaban el orgullo de descifrar, para los no iniciados, el complejo lenguaje de los cantadores populares cuando les daba por improvisar ya por la *Biblia*, ya por la geografía ya por la historia.

Bien entrado el siglo, se impusieron los libros de Alejandro Fuenmayor, “de lectura, escritura y dibujo simultáneos”¹⁴. Encontramos a viejos conocidos —Moratín, el Padre Isla, Samaniego—, pero comenzamos a familiarizarnos con escritores venezolanos. Fuenmayor tiene el mérito de ampliar el horizonte literario de la niñez. Incorpora páginas de *El lector americano* como el recordado fragmento de “La niña medrosa”, populariza lecturas como “El loro maestro” (“—Soy Perico, don Lucas, ya tengo escuela”) de Vicente Riva Palacio o “Un buen observador”; divulga trozos selectos de Ricardo Palma — “Los ratones de Fray Martín”, “El alacrán de Fray Gómez”—; reímos con “El hombre del gallo” de Tulio Febres Cordero, y lloramos con “El pequeño escribiente Florentino” de Edmundo D. Amicis.

¹³ Comentamos el libro *Narraciones de viajes por Asia y los archipiélagos oceánicos* por Manuel María Guerra. Ilustradas con 132 grabados. Madrid, Saturniño Calleja, 1900. 316 p.

¹⁴ Alejandro Fuenmayor: *Novísimo libro tercero de lectura, escritura y dibujos simultáneos*. 5ª edic. Maracaibo, Editorial Hermanos Bellosa Rosell, s/f.

Los libros de lectura del maestro Alejandro Fuenmayor, que disfrutaron de gran aceptación, cierran una época. El primero, el segundo, el tercero y el cuarto, especialmente estos dos últimos, en los que se encuentran páginas antológicas de esta primera etapa de nuestra literatura educativa.

El niño como víctima de la literatura y del maestro, la escuela desvinculada de su ideario lógico y hasta de su ambiente natural, una marcada tendencia a utilizar textos extranjeros, algunos de los cuales dañan y golpean la sensibilidad del pequeño lector, predominio de los autores clásicos, abundancia de literatura didáctica, constante moral y, ya entrado el siglo XX, incorporación de autores nativos, la mayoría de los cuales no tuvo la intención de escribir para la infancia, tal es el singular comienzo de la literatura infantil venezolana.

Contestación de don Fernando Paz Castillo

Conocí a Efraín Subero por los corredores de esta Academia y en una mañana de los primeros años de 1960. Iba distraído. Desde luego buscaba algo. Apenas cruzamos breves frases. Sin embargo, suerte de un nexo intelectual, se creó, sin duda, entre nosotros, y ello explica —si es que estas cosas tienen explicación— el que a poco de este primer encuentro no me sorprendiera su presencia; una tarde, en la oficina de Luis Yepes, en donde ambos conversaban amigablemente entre papeles, al parecer familiares, y de recuerdos, sobre todo de parte de don Luis, como solía decirle. Allí comenzó nuestra amistad. Y pude ver de seguidas que era un espíritu académico, en el mejor sentido de la palabra. O lo que es lo mismo, un joven aína, preocupado por los temas eruditos.

Ciertamente, pocas palabras hablamos en esa tarde, pero quedamos amigos. En realidad hubo dos cosas que desde un comienzo me lo hicieron interesante y atrajeron mis simpatías hacia él. Procedía de Margarita. Tierra que desde niño, por vínculos casi familiares, solicitó mi atención. Y que luego hicieron más íntima en mi vida los versos de Pedro Rivero Navarro, autor del libro *El mar de las perlas*; los de Vicente Fuentes, creador de muchas cosas bellas y, especialmente, de aquel inolvidable poema “Cuando haya caído la noche inmensa”; y los de Luis Castro, “Castrico”, como lo llamábamos, cuya poesía fue siempre un suave caer de garúas sobre un reposado crepúsculo que se anunciaba precoz. Y ahora el inesperado libro, tan añosamente margariteño, de Luis Beltrán Prieto.

Y del lado de la pintura, los paisajes de Francisco Narvárez, a la vez escultor que trabaja, con diestra mano, la dura piedra de su suelo natal; los de Pedro Ángel González, también pintor del Ávila, cerro pródigo en colores que van desde los sugestivos aspectos de las hondo-

nadas, hasta los más suaves rasgos de las cumbres, cuando las dora el apacible sol de los atardeceres.

Mas, al hablar de Margarita y sus pintores, no puedo olvidar dos extranjeros que por la interpretación, casi adivinación, del colorido de nuestro cielo, de nuestros campos y de nuestros mares, se nos hicieron venezolanos dentro del ámbito sin fronteras del arte. Me refiero, por supuesto, a Samys Muztner y a Nicolás Ferdinandov, “El Ruso”, como le decíamos. El uno por la suave multiplicidad y viveza de sus tonos y matices, y el otro por la azul majestad, evocadora, inquieta o serena, del fondo o de la superficie de sus mares, a veces poblados de nubes viajeras y a veces de nubes piratas.

El otro punto anunciado, que me atrajo desde un comienzo, fue su inclinación por la poesía infantil, y tanto más cuanto que me lo reveló, y esto no puedo desdeñarlo, recordando complacido algunos de mis poemas dedicados a los niños.

Quedó, pues, desde un comienzo definida, ante mis ojos, la personalidad de aquel joven artista, que luego iba a ver crecer, muy de cerca. Ya que, desde aquella fecha he sido testigo íntimo de su evolución, de su progreso, a través de muchos ejercicios espirituales, en diferentes épocas y circunstancias, hasta la madurez de hoy, cuando por méritos propios ingresa, Individuo de Número, a esta Academia, a la que perteneció, como Miembro Correspondiente, desde aquellos días de don Luis Yepes.

Por ello considero natural consecuencia de su vida la llegada, sin fatiga ni premura, al sitio que dejara, por momentos vacante la ausencia del querido poeta Rafael Yepes Trujillo. Y digo por momentos porque el vado que se produce con la falta de la persona,

con el tiempo, lo llena cada vez más el recuerdo. Y esto afectuosa y sinceramente lo han confirmado las palabras que se acaban de oír en labios del nuevo académico.

Sin duda, Subero es un noble trabajador. Llega a su ilustre sillón con varias obras publicadas: versos, crítica literaria e investigación, sobre todo folklórica. Es, desde luego, un espíritu inquieto, sin embargo disciplinado. Su primer libro de versos apareció en 1956. Ediciones Isla, La Asunción. Tenía apenas veinticinco años. El libro en su contenido muestra al poeta ya iniciado en su camino. Y muestra algo más: la vocación del autor. En efecto, el cuaderno —este es mejor nombre ahora—, a que me refiero, tiene incluidas, por la mano paciente de su dueño, algunas páginas en blanco, y pegadas a ellas, seleccionados cuidadosamente, recortes de noticias, de carácter informativo, y de críticas literarias de varios de los más importantes diarios y revistas de provincia y de esta capital. Y un retrato en el que se mira a Subero y un amigo, de pies, leyendo el libro, ¡acaso el editor!, pues igualmente se muestran complacidos uno y otro.

El cuaderno tiene por título *Estancia del amor iluminado*. Trae epígrafes de Juan Ramón Jiménez, tomados de “Platero”, el incomparable borrico en el que han cabalgado tantos sueños; y de “El Jardine-ro” de Tagore. Los dos poetas que abrieron a las jóvenes generaciones de América el nuevo panorama de la poesía infantil. Está dedicado a Argelia, compañera, desde temprano, de su vida. Una vida de profesor y poeta. Con todas las dificultades, implícitas, en el oficio, para el hombre, y con todas las resignaciones, inherentes al amor, en la mujer.

De este libro, o cuaderno, entre otros me parece digno de mencionarse el poema “Infinito”, tanto por lo que pudo significar en su momento, como por lo que anunció para los futuros del autor.

En 1963 edita *Todavía la noche*. Eran días de apretada intimidad y labor. A la sazón trabajaba en la Dirección de Publicaciones del Ministerio de Educación con Oscar Sambrano Urdaneta, uno de nuestros más notables críticos, ya en aquella época, y amigo íntimo de él.

Cuando apareció *Todavía la noche* con atinado prólogo de José Ramón Medina, dije en un artículo publicado en *El Nacional*: “Título sugestivo, como la noche misma”. Y a continuación agregué que la poesía de Subero era un poco misteriosa por su persistencia y por su transitoriedad. Una poesía acorde con el momento, con la realidad del momento, tan plena de pasado, pero a la vez tan inquieto de presente y, sin duda, tan desesperado de porvenir. Porque el hombre moderno vive, puede decirse, entre diarias conquistas que, aun cuando parezca contradictorio, lo hacen, cada día, más angustiado, y esto lo expresé entonces en la siguiente forma:

Sensación de cosa transitoria en los poemas. Amarga y a veces anárquica. Con esa rebeldía propia del hombre y su naturaleza y que suele manifestarse, según lo apunta Jean Rousselot en su libro *Panorama Critique des Nouveaux Poetes Français*, en forma combativa, ruda y fugaz, en determinados momentos de la humanidad. Porque es característica de los nuevos poetas, entre los cuales hay algunos extraordinarios, la sensación de que ninguna obra está concluida por la estructura ni por el pensamiento. A pesar de que ya se descubre fatiga y pesimismo en las palabras de los innovadores.

Y así sugiere Subero que ha comenzado su viaje, de regreso, al parecer, por las aguas sin riberas de una noche que viene de muy lejos. De los dolientes, eróticos, suspiros de Musset; de Baudelaire,

Novalis y acaso de los mismos Profetas: “¡Oh! Dios inefable, / apaga esta noche que no debiste encender”... Y luego, en la misma estrofa pero con mayor desolación aún del alma atribulada, “ya no hay para dónde coger”.

Parecería raro en un hombre de la actividad de Subero, semejantes pensamientos, pero todo el que le haya conocido tiene que saber que son sinceros.

Él es un hombre dinámico de pensamiento y de espíritu silencioso. Por lo que hay en su vida, y en su poesía, contrastes profundos. Ganivet ha dicho, refiriéndose a los ingleses, que son ellos también islas. Esto mismo puede aplicarse a los margariteños. La soledad del mar, que desde niños los rodea, se les adentra en el alma. Con frecuencia, aun los más confidenciales, tienen momentos de inmensas lejanías. A veces parece que nunca regresaran de ellas. Pero, ciertamente, vuelven a la realidad aportando una espiritual carga que fielmente los impulsa hacia su propio destino.

He querido referir mis apreciaciones acerca de Subero y su poesía, formuladas hace catorce años —cuando la aparición de su libro—, no por el gusto de citarme, sino porque aquellos conceptos he podido confirmarlos, para bien de su obra, presente y futura. Y digo para bien porque la persistencia es una de las mayores virtudes de un escritor. De un escritor que debe evolucionar, como todo en la vida, pero siempre pareciéndose a sí mismo.

Cosa fundamental en su conducta, de buen lector inquieto, es el amor a los libros, propios y ajenos. Por los años, cuando lo conocí, vivía en un pintoresco apartamento hacia los lados de San Bernardino. El tiempo ha pasado con rapidez, naturalmente más para mí.

En la breve llanura que remata las cimas se corre más veloz y se piensa más despacio, desde luego cuando se trata del tiempo frente a la eternidad.

Ahora no vive en el aludido apartamento, invadido por los libros hasta la mesa del comedor y al lado de sus hijos pequeños y de la diligente madre de estos. Las cosas han cambiado. La esposa permanece igual, pero los hijos han crecido y los libros también. Y habitan —los libros son asimismo habitantes, y de gran calidad— una hermosa casa frente a un bello paisaje serrano. ¡Cosas de la vida!... Un margariteño, tan margariteño, como él, establecido en el corazón de un monte allanado, circuido de colinas, claras en la mañana y brumosas, generalmente, por el atardecer. Vive en Los Castores. La casa tiene en la puerta de entrada una rueda de timón. Y en su interior, a pesar de todo, el espíritu insular a lo que contribuyen también la tolerancia de la mujer y el carácter de los visitantes, amigos del dueño, marinero y poeta. Del dueño, un poco misterioso, como cualquiera de los pescadores de su isla, que trabajan por la noche y se acuestan con el alba.

Como he dicho, la biblioteca es grande. Los libros están si no todos leídos, todos ojeados. En sus páginas se observan las huellas de las manos y de los ojos. Y en ella hay un letrero con la siguiente advertencia: “Si quieres conservar tu biblioteca, no prestes tus libros ni devuelvas los prestados”. Cosa que practica, si no la primera, sí la segunda con singular persistencia.

Con seguridad, los días domingos y los de fiesta conocidos, se halla invadida por jóvenes estudiantes que van a consultar viejos libros, o a guiarse por la sabiduría, en ellos, del propietario. Y asimis-

mo por estudiosas mujeres que acuden, con sus risas y sus cuader-
nos, para enriquecer sus conocimientos.

Escritor ordenado es Subero. Ordenado en medio de su desorden. Por ello entre los volúmenes que llenan los anaqueles, pueden verse, confundidos con otros, en un rincón discretamente apartado, algunos de sus libros. Por ser amplia como lo he señalado su labor, me referiré a aquellos títulos que tienen mayor significación en su vida y que mejor conocen sus lectores.

Junto a los ya mencionados pueden verse: *Isla de luz sobre el amor anclada*, 1957. Lo prologa Lucila Palacios, y dice cosas muy acertadas, como, por ejemplo, el siguiente párrafo:

Todo habla de la Margarita en su libro. Desde el caracol de fe hasta la despedida en el puerto. Todo gira en torno al espíritu popular margariteño. La Virgen del Valle toma su hábito marinero. Preside el poemario como preside —en la mística—, la región natal de quien lo escribe. Y están los barcos inquietos sobre el oleaje o varados junto a la tristeza del navegante que se detiene y las evocaciones frente al océano en las horas de angustia, y la alegría del retorno. Y ese lenguaje pintoresco del hombre de mar cuyas palabras se curten junto con la vida a la intemperie, en viaje hacia todos los puertos.

En verdad, no hacia todos, sino hacia aquellos puertos que ha hecho suyos en la realidad y en el sueño. Y cerca de este libro, y compartiendo su dignidad, el titulado *Notas para un estudio de César Vallejo*, 1972. Importante citarlo porque Vallejo es, sin duda, uno de los poetas de mayor ascendencia en la juventud de Subero. Él mismo lo confiesa, con la confianza de un lector sincero, y cuya seguridad de sí mismo no teme revelar las influencias recibidas:

Yo era maestro de escuela en un campo petrolero del oriente de Venezuela, cuando me encontré en las calles de Caracas el 15 de marzo de 1955.

Dejo la fecha porque ese día vi en las vidrieras de la Librería Central (sello azul, 87142, todavía los teléfonos de Caracas eran de cinco cifras), las *Poesías completas* de César Vallejo.

Había leído algo de Vallejo y estaba con el grillo por dentro. De manera que sus poemas al alcance de la mano constituyeron un momento en mi vida verdaderamente inolvidable.

En parecida forma rinde su tributo de admiración al poeta. Al excelente poeta de Santiago de Chuco, Perú, que tanto influjo ha ejercido en la joven poesía de América. A aquel poeta, melancólico y a la vez enérgico —y sobre todo poeta de buena fe—, que murió en París, rodeado de sabios doctores, y de algo que todavía nadie sabe de lo que fue.

Y en el mismo sitio, un poco escondido, como lo tengo apuntado —y esto es también manifestación de orgullo, pero de buen orgullo—, los siguientes títulos que amparan acertados ensayos: *El primer poema de tema venezolano*, 1973; *Origen y expansión de la quema de Judas*, tema folklórico y de evocación, muy propio de Subero este volumen; *Memorias del puerto*, 1976. Libra de aliento poético, escrito en Caracas, Pampatar y Los Castores. *El problema de definir lo hispanoamericano*, 1974; *Letras de carne y hueso: aproximaciones críticas*, 1973, y algunos más.

Pero volvamos a la poesía, a la poesía que es fundamental en la vida de Subero, ya que unos y otros de sus libros se relacionan

con ella, bien, como es natural, cuando escribe versos o ya cuando inteligentemente los alude o crítica.

Y aquí surgen dos nombres: *En estos parajes*, atinada selección publicada por Pascual Venegas Filardo en *Poesía de Venezuela*, y el precioso cuaderno, o mejor álbum, *Matarile*, poemas dedicados a los niños, muy bien ilustrados por experta mano. Un poco *hai-kai*; un poco copla, y un mucho adivinanza; en lo cual puede haber influencia de Luis Barrios Cruz, buen amigo suyo. Y la coincidencia no es rara, porque ambos son hijos, digámoslo así, de la soledad: la soledad del mar y la soledad del llano. Y tanto es así que en algunos poemas podría rastrearse, por la plasticidad de la expresión, algo de Rodolfo Moleiro, con quien también tuvo Subero una buena amistad cuando ambos vivían por los lados de San Bernardino. Y cuando después de salir de la Academia —ya he dicho que era Miembro Correspondiente—, nos dirigíamos a tomarnos un café, en un establecimiento familiar, y concluido este momento, de tan fraternal intimidad, se dirigían ellos hacia el Ávila, y yo hacia mi casa de las Colinas de Bello Monte, entonces rodeada de verdes y armoniosas colinas, y hoy abatida frente al peso de áridos edificios de cemento que matan el horizonte.

Una muestra de la poesía de Subero en este libro es la siguiente composición titulada “Luna del puerto”:

*Cubriendo con toldos de oro
el agua en la oscuridad,
la luna rompió el velamen
y anda naufraga en el mar.
Pobre luna marinera
Ahora a nadar. ¡A nadar!*

El misterio rodea este poema que, como he dicho, tiene algo de *hai-kai*, no en la forma sino en la plasticidad.

Otro de los libros de versos de Subero *Nuevas razones*, 1974, está formado por breves poemas que revelan madurez e inquietud y dominio del sentimiento poético. Por lo que acierta el sabio crítico chileno Alone cuando señala en el prólogo:

Nos hallamos ante la poesía y el juicio de siempre, hemos bajado subido a la esencia intemporal, cristales de amor, de dolor, de alegría y nostalgia, de gozo y pesadumbre que integran el ser humano, la imperecedera creatura que se recoge en sí misma para afrontar la desintegración, para combatirla y quien sabe si poderla, con un supremo esfuerzo, vencer.

Con todo lo cual quiere significar el crítico la actitud del poeta, sobrio ante el presente, augural hacia el futuro, y dueño de su propia expresión.

Debo advertir, antes de pasar adelante, que estas *Nuevas razones* tienen como una segunda parte: *Otras razones*, todavía inéditas. Lo que es como una reiteración de su conducta; de su caminar siempre sobre sus propias huellas.

Y en fin, llegamos a uno de los puntos culminantes en la obra del nuevo académico. La investigación del ámbito en el cual se desarrolla, entre nosotros, la literatura infantil, y no sólo la literatura, sino todo cuanto puede ser de utilidad para el mejor conocimiento del niño en el mundo de creación original que de él procede. Ya que todo niño es, en cierto modo, un pequeño poeta. Y testimonio de ello es el *Discurso*, parte de un libro que hoy nos trae Subero, y cuyo

interesante contenido puede resumirse en las siguientes frases de su introducción, que acabamos de oír:

Tampoco me pareció recomendable permanecer en lo estrictamente literario. Al fin y al cabo ¿qué es lo estrictamente literario? La correspondencia de las artes también es de la temática infantil. Por ello complemento este estudio con bibliografía y apéndices de folklore literario, de música, de teatro, de periodismo escolar.

Y esta conducta se explica ahora más que nunca, porque el niño de hoy, no es como lo fue ayer, un juguete, un adorno, un objeto, lejano de la vida de la casa; algo como un pretexto hermoso, para las caricias de la madre y para el orgullo del padre.

El niño de hoy es un ser humano. El hombre ha llegado a comprender que en los juegos hay lágrimas, angustias, dolores y satisfacciones. La historia de la literatura infantil nos revela ese progreso. Y al efecto será de indispensable utilidad el libro de Subero.

Conocidos son, pues, los propósitos del nuevo académico al respecto. Por lo tanto, creo que merece un aplauso. Por mi parte, señores, yo no se lo niego.

Caracas, 1977

ÍNDICE

Palabras para expresar lo que se expresa	7
La Literatura infantil latinoamericana	21
-INTRODUCCIÓN	23
-SOCIOLOGÍA DE LA LITERATURA INFANTIL. APORTES PARA SU EVALUACIÓN	31
-LA LITERATURA INFANTIL Y EL SISTEMA EDUCATIVO	41
-PUESTO E IMPORTANCIA DE LA LITERATURA INFANTIL LATINOAMERICANA EN EL MUNDO EDITORIAL	47
-CONCLUSIONES	53
-PARA UNA INVESTIGACIÓN DEL ESTADO ACTUAL DE LA LITERATURA INFANTIL LATINOAMERICANA	55
La literatura infantil venezolana	57
Contestación de don Fernando Paz Castillo	73

La edición consta de 3.000 ejemplares
Este libro se terminó de imprimir
en la Fundación Imprenta de la Cultura
en el mes de agosto del 2010
Caracas - Venezuela



La literatura infantil en el mundo hispanoamericano

Este libro es una bitácora importante para iniciar una necesaria reflexión sobre la fascinante y poco estudiada literatura infantil, en el sentido que brinda un abordaje acerca de qué se considera literatura infantil, cómo el contexto social la modela y perfila, además, cuáles deberían ser los elementos a considerar para un análisis más profundo y extenso en la materia. En palabras del autor: "Consideramos que se comete un error cuando se habla de literatura infantil como algo desgajado del árbol troncal de la literatura (...) en este sentido la literatura infantil de una época testimonia al niño de esa época; pero al mismo tiempo, los intereses propios de este niño exigen una determinada literatura".

Efraín Subero (Pampatar, estado Nueva Esparta, 1931 – Caracas, 2007). Poeta, escritor, educador y académico. Maestro de educación primaria urbana graduado en la Escuela "Miguel Antonio Caro" de Caracas. Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela. Doctor en Letras por la Universidad Católica Andrés Bello. Fue colaborador de páginas literarias de los diarios *El Universal* y *El Nacional* de Caracas, y de la *Revista Nacional de Cultura*. Fue declarado Individuo de Número en la Academia Nacional de la Lengua. Miembro activo y honorario de numerosas instituciones en el país y en el extranjero, debido a la intensa labor intelectual que desarrolló.

